



LOS CRISTIANOS ANTE LAS INJUSTICIAS SOCIALES



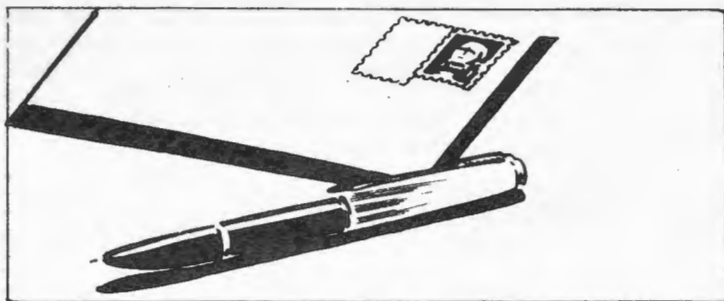
SUMARIO

- Carta Pública a José Vicente Rangel
- La Parábola de la Liberación
- Ser Cristiano es ser libre
- Jesús liberador
- El hombre: objetivo de la Liberación
- Liberación y "evolución"
- El Hombre: protagonista de su Liberación
- Liberación comunitaria
- Pistas de solución
- Lo que vale cuesta
- Hay que inventar el futuro
- Amor y Liberación
- Cristianismo y Liberación
- MESA REDONDA



LA COSA ESTA MAL

CARTA PUBLICA A JOSE VICENTE RANGEL



Quien le escribe es una cristiana venezolana.

Como verá, esto de ser cristiana, se confunde en mí, con el de ser venezolana, pues deseo lo mejor para mi país. Para mi país, Cristo viviente, sangrante, víctima de Caifases y Pilatos extranjeros y venezolanos. Todo mi ser se rebela ante el panorama que presenta actualmente mi patria. Siempre que veo en el cine una escena donde los cuervos (aquí serían los zamuros) picotean un cadáver (en todo caso un moribundo permanente), se me antoja que ese cuerpo es Venezuela y los cuervos, los mercenarios políticos, los "chupa-sangre" de los distintos sectores poderosos.

En esta triste situación que es la realidad nacional, las "protestas", "las manifestaciones", "las huelgas", no tienen ningún valor, porque lo que las motiva son las conveniencias de algún grupo político, no el amor por Venezuela y los Venezolanos.

Desde un principio me interesó su candidatura y el grupo que lo apoya. He asistido a algunas de sus intervenciones aquí en Maracaibo, lo he visto por televisión y oído por radio, he leído sus artículos publicados en la prensa local. Deseaba tanto encontrar una esperanza para mi patria! Hoy puedo decir que la esperanza persiste; pero ahora para un futuro más lejano. La izquierda venezolana demuestra en esta campaña electoral que ciertamente, no posee la escala de valores que le describo antes. Solo piensa cada quien en su grupo, en su candidato, en su conveniencia, en sus miembros para los cuerpos legislativos. Hacen cada vez más profundas las grietas ideológicas que los separan. Prevalece el "YO", cuando nuestra patria necesita un "NOSOTROS".

Persiste la esperanza, pero la veo muy lejana porque no hay en ustedes —¿Se creen mejores que los que están? — la generosidad, el espíritu de sacrificio, la madurez y la responsabilidad que Venezuela les exige.

Ud. pensará que los zamuros que le nombro antes, lo único que merecen es arrasarlos con una ametralladora. Hay momentos en los que yo llego a pensar lo mismo; pero Cristo nos manda perdonar —amar— a nuestros enemigos. Nos dice "vine a curar a los enfermos", no a matarlos. Esta es la diferencia que hay entre la doctrina cristiana y la doctrina marxista (no crea que omito al capitalismo, porque este sistema es "los cuervos" de los cuales hablamos). Ud. dirá que hay muchas aberraciones en el cristianismo, la historia las denuncia; pero son solo eso, desviaciones, no lo veraz del cristianismo. Por esto persiste mi esperanza, pienso que todo lo malo que digo, y lo que no digo, del marxismo, son también aberraciones, que serán en un futuro superadas para que pueda existir esa sociedad pluralista que usted predica. Pero eso sí, muy lejano todavía el lograrlo.

Aquí en Venezuela, si la izquierda tuviera la fuerza —la unidad— de los grupos tradicionales, podría esperarse algo; pero todo el tiempo se va en: bla, bla, bla. Las contradicciones, el individualismo, los apetitos personales, hacen imposible el pensar siquiera que se pueda lograr algo para mejorar las condiciones de vida de la comunidad venezolana.

A estas alturas no sé siquiera por quién votar. No quiero hacerlo; pero hay obligación de votar aunque sea con el contrasentido de la tecla sin nombre. Ojalá que en el futuro, Ud. y quienes lo acompañen, logren la unidad de criterio y podamos ver una Venezuela nueva, con sus hijos decididos a luchar por la igualdad, justicia y paz de todos. Cosa que se logra con espíritu de sacrificio, con amor por la patria, no con lo que encierra ese "slogan" asqueroso y electorero "los de abajo al poder". ¿Cambio de la tortilla? ¿Eso es lo que Uds. llaman justicia social? Quiero el bien, la justicia, la unión, la igualdad, para todos los venezolanos. No que mueran o salgan unos para que vivan o entren otros.

Mary de Salas (Maracaibo).

REFLEXION COMUNITARIA:

- 0.- ¿Firmarías tú también esta carta? ¿Por qué sí ó no? ¿Qué aspectos, razones, valoraciones y sugerencias añadirías tú? ¿Crees que la fe debe tener repercusión política?
- 1.- ¿Qué significa ser hoy cristiano en una sociedad que margina a la mitad de la población, la explota y la apelmaza en sórdidos rancharíos y consiente que viva en situación de subcultura y subdesarrollo?
- 2.- ¿Cómo se puede no ser cómplice de las úlceras sociales que ultrajan el decoro de ciudades como Caracas, Sao Paulo, Santiago, Buenos Aires o México?
- 3.- ¿Cuál debe ser la actitud del cristiano frente al infierno existencial al que están irremisiblemente condenados de por vida millones de hombres como si fueron ciudadanos de segunda categoría, esclavos, basura social, carentes de voz ante los organismos nacionales e internacionales?
- 4.- ¿Cómo el cristiano puede comprometerse para que cambie la situación de injusticia social?
- 5.- ¿Ha sido acaso Dios quien ha dividido a los hombres en pobres y ricos, explotadores y oprimidos?
- 6.- ¿Es Dios quien quiere que millones de hombres sufran una existencia infrahumana a fin de que puedan ganar así más méritos para la salvación?
- 7.- ¿Manda Dios que se resignen los oprimidos a su situación o más bien les impele a luchar para superar esa situación?
- 8.- ¿Fue Cristo un conformista, un revolucionario, un resignado?
- 9.- ¿Hasta que grado te sientes cómplice, activo o pasivo, del abuso, la injusticia y la opresión existentes en tu ambiente familiar, escolar y social...?

la liberación de los pueblos



A Jesús le dispararon en cierta ocasión una pregunta incisiva: “Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la Vida eterna?” Jesús le hizo leer en la Biblia la respuesta: ‘Amarás al Señor tu Dios con todas tus fuerzas y al prójimo como a tí mismo’. Pero, el que preguntaba, maestro de la ley, insiste: “Bueno, pero ¿quién es mi prójimo?” Y Jesús, para esclarescerle este punto tan capital, le expone la Parábola del Buen Samaritano.

“BAJABA UN HOMBRE DE JERUSALEN A JERICO Y CAYO EN MANOS DE BANDIDOS QUE, DESPUES DE HABERLO DESPOJADO DE TODO Y DE HABERLO MOLIDO A GOLPES, SE FUERON ABANDONANDOLO MEDIO MUERTO”.

- I. LA VICTIMA.— “Un hombre”. Un hombre desconocido, indocumentado. Un pobre hombre asaltado y despojado de lo que le pertenecía. Una víctima del egoísmo y de la violencia humana. Representa a todos los marginados, a todos los desvalidos juanbimbos del Tercer Mundo, víctimas de la rapiña y de la agresión.
- II. LOS EXPLOTADORES son los “bandidos” que lo asaltaron, lo despojaron de todo y casi lo matan. Son, hoy, los abusadores de toda especie y condición. Todos los que, por ambición y egoísmo, atropellan, roban al indefenso, aplastan sin piedad, mantienen a millones de seres en la ignorancia y en la impotencia más humillante relegándoles de por vida a los sórdidos suburbios de la cultura y de la sociedad.

“POR CASUALIDAD, BAJABA POR ESE CAMINO UN SACERDOTE QUIEN, AL VERLO, DIO UN RODEO Y SIGUIÓ DE LARGO. LO MISMO HIZO UN LEVITA AL LLEGAR A ESE LUGAR: LO VIO, TOMO EL OTRO LADO DEL CAMINO Y PASO DE LARGO”.

III. **LOS COMPLICES DE LA EXPLOTACION:** Cristianos de sola etiqueta. Pasa, primero, un sacerdote. Un representante oficial y acreditado de la religión y del culto. El hombre que, por su vocación y carácter sagrados, estaba más obligado que nadie a socorrer al que estaba en tan grave situación. Y, ¿qué hace? se desentiende. Da un rodeo, no sólo físico, pasando al otro lado del camino donde agoniza el hombre aquel, sino también un rodeo mental a base de expertos razonamientos de su conciencia tan entrenada en evadirse de los problemas comprometedores con sutil elegancia. Piensa: ese hombre echado ahí puede ser peligroso; tiene una catadura que no me gusta nada. ¡Vaya usted a saber que habrá hecho para que le hayan golpeado de esa manera! Ayudarle yo ahora sería seguramente exponerme a represalias por parte de quienes le hayan atacado y, a lo mejor, meterme en líos con las autoridades. Por otra parte, ¿qué dirían mis selectas amistades, toda gente fina, si me vieran en contacto con un tipo así...? Además, existen organismos oficiales que están para estos casos.

Tras esa habilidosa argumentación, el sacerdote “pasó de largo”, siguió su limpio, tranquilo y aséptico camino. Su camino sin complicaciones de ninguna clase, con la conciencia apaciguada, sutilmente anestesiada ante el dolor ajeno, y en perfecto acuerdo y armonía con el “orden constituido”, hacia el convencional cumplimiento de su funcionalismo religioso, reconocido y estimado supremamente por las gentes bien...

Ese “sacerdote” representa a quienes siendo en la Iglesia legítima autoridad, se quedan al margen, por la razón que sea, puesto que ninguna les sirve ni cristianamente les justifica, de las injusticias que se cometen a diario contra muchos seres humanos muy cercanos. Se convierten así en cómplices de los explotadores, ya que, por su carácter de representantes cualificados del Cristianismo, están obligados, más que nadie, a denunciar los abusos y a intentar lo humanamente posible para auxiliar a las víctimas y ayudarles en su liberación.

Pasa después “un levita”. El siguiente grado en el escalafón oficial de funcionarios del Templo. Y, por lo que se ve, con parecida formación y “mentalidad social” que la del sacerdote, su superior inmediato. También el levita dio un rodeo, físico y mental, y pasó de largo. Seguramente llegó a hacerse a sí mismo una brillante argumentación similar a la del sacerdote.

El levita personifica, en la parábola de Jesucristo, a todos los cristianos sin excepción, en cuanto que, en comparación con los que no lo son, estamos en clara ventaja religiosa ya que poseemos el inmerecido privilegio de la fe y del conocimiento de Cristo.

En cuanto a su manera de conducirse, ese levita somos los cristianos que, ante la necesidad ajena un tanto comprometedora, no queremos problemas con las autoridades ni ninguna clase de “acercamiento” con los “socialistas” ni líos con nadie... Cristianos que sólo quieren, queremos, tranquilidad. Por lo cual, ante la injusticia y la opresión más inhumanas, callan, se apartan, se desentienden. Nos desentendemos. Cristianos de sola etiqueta y fachada. Pero, en la realidad de las cosas, y porque lo que dijo Cristo en varias ocasiones con absoluta claridad, resultan, resultamos, traidores a la vocación cristiana que, hoy, en nuestro mundo actual, consiste en ser revolucionariamente liberadores.

Dijeron nuestros Obispos en Medellín:

“Son también responsables de la injusticia **TODOS LOS QUE NO ACTUAN EN FAVOR DE LA JUSTICIA** con los medios de que disponen, y permanecen pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales que implica toda acción audaz y verdaderamente eficaz” (Medellín, 217).

“PERO LLEGO CERCA DE EL UN SAMARITANO”

Este “pero” divide en dos vertientes radicales toda la historia. Hasta aquí, lo que hicieron los del “orden constituido” y los representantes legítimos de la religión, los cuales se redujeron precisamente a sólo eso: a parapetarse tras de su legítima autoridad para evadirse del problema. Y, desde aquí, desde el “pero” en adelante, la actuación acertada, cristiana.

IV. LOS LIBERADORES: Cristianos anónimos, sin etiqueta. Llego “un samaritano”. El tipo más despreciado y odiado por los judíos. Era considerado como un paria, un maldito, hasta un fuera-de-ley. La mujer del pozo, cuando Jesús le pide agua, le dice toda extrañada: “¿cómo es que siendo tú judío me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (Jn. 4,9). Y cuando los fariseos quisieron insultar a Jesús en lo más vivo, le llamaron “samaritano” y “poseído del demonio”. (Jn. 8,48).

El samaritano pertenecía, pues, para el orgullo puritano judío, a la raza espúrea y contaminada. En la mentalidad de aquellos a quienes Cristo expone directamente la parábola, los samaritanos eran lo último de la sociedad, la escoria humana. Gente peligrosa. O sea, para entendernos pronto y bien, el tipo a quien se le encaja la etiqueta de “marxista” o “socialista” por todos los Pinochet, Bordaberry y Banzer, grandes y pequeños, de cierto cristianismo oficial...

Sin embargo, contra el directo parecer de muchas autoridades legítimas y de muchas gentes ortodoxas, ultraderechistas y conservadorísimas de las esencias tradicionales, este despreciado “samaritano-socialista”, no perteneciente al Cristianismo reconocido, es el único que, sin saberlo él mismo, pone en práctica lo sustancial del Mensaje Cristiano de Salvación. El único, de entre sacerdotes, levitas, cristianos cualificados, a quien Jesucristo invitará el Último Día: “Ven al Reino de los Cielos porque me auxiliaste cuando estaba malherido y abandonado...”

El samaritano representa, por tanto, a todo aquel que, siendo oficialmente creyente o no, realiza su vocación de hombre y de hijo de Dios comprometiéndose de lleno en la ayuda al necesitado, en la transformación social hacia un mundo más humano.



“EL SAMARITANO LO VIO Y SE COMPADECIO”

“Ojos que no ven, corazón que no siente”, dice el refrán castellano. Es verdad. Pero más cierto aún a la inversa: corazón que no siente, ojos que no ven. Para “ver” las desdichas ajenas es preciso tener el corazón abierto y sensible, receptivo. Tener corazón, simplemente. “Sólo se ve con el corazón”, escribió certeramente Saint — Exupery. Para ser cristiano auténtico hay que tener corazón a fin de que los ojos capten la miseria y el sufrimiento que hay alrededor. Como hizo el samaritano.

“Se compadeció”. Se sintió en sintonía con el malherido, en solidaridad de hombre a hombre. Vio con los ojos del corazón y sintió compasión hacia aquel desconocido que ya comenzaba a no ser desconocido.

“SE LE ACERCO”

Se le había acercado ya, lo acabamos de ver, por la compasión. Con el corazón. Afectivamente. Ahora, también efectivamente. No bastan los suspiros, los deseos, la condolencia ni las buenas intenciones. Ni el pedir a Dios mucho por los marginados. No es suficiente. Es preciso llegar realmente hasta el dolor ajeno, tocarlo con las propias manos, compartirlo verdaderamente. “Obras son amores y no buenas razones”

“¡Por favor! —dijo Patrick—. ¡Palabras, discursos y más discursos! Ya estoy lleno, desbordo.

—¿Discursos? No se trata de discursos —dijo Olivier, un poco desconcertado—. Es preciso...

—¡Al diablo! —dijo tranquilamente Patrick—. Cada vez que mi padre y mi madre están en casa, les oigo hablar de las medidas que es preciso tomar contra el hambre en el mundo... Y cuando no están en casa, es porque están ocupados en pronunciar discursos sobre el mismo tema ante sus comités o sus subcomisiones, en Ginebra, en Bruselas, en Washington, en Singapur o en Tokio, en cualquier parte donde haya una sala de reuniones lo suficientemente grande para recibir a los delegados del mundo entero que tengan un discurso que colocar contra el hambre. ¡Y tus compañeros son iguales! Hablan y hablan y no dicen nada... Todos ustedes se masturban con palabras... Ustedes hablan, hablan y los condenados a reventar revientan. Ni siquiera tienen el consuelo de saber que se preocupan por ellos y que un día u otro se van a reinventar las bases de la sociedad. Incluso si fuera la próxima semana, la revolución de ustedes no les concierne, ya estarán muertos... Yo me voy. Me voy porque tengo vergüenza. Vergüenza de todos nosotros. Voy a hacer agujeritos en la arena, como tú dices. E incluso si sólo consigo extraer tres gotas de agua para hacer brotar un rábano para dar de comer a un tipo durante tres segundos, algo habré hecho”. (Rene BARJAVEL, Los caminos de Katmandú, Buenos Aires, 9a. ed., 1973, pp. 30-31.)

Tampoco es posible ayudar eficazmente a nadie desde “afuera”, desde “arriba”, desde lejos y a través de intermediarios. No basta para ser cristiano, asistir al banquete anual de Cáritas.

Sin cercanía al necesitado ni puede haber ayuda eficaz ni sería tampoco cristiana.

“CURO SUS HERIDAS”.

Remedió los males de aquel hombre en forma eficaz e inmediata. Le prestó justamente la ayuda que necesitaba. Y, además, sin hacerle preguntas, sin paternalismos y sin aprovecharse de la ocasión para catequizarle. No le puso como condición que se arrepintiera, para curarlo. No le predicó resignación ni tampoco le consoló con la promesa de denunciar el atropello a la policía. No indagó si acudía con regularidad a la sinagoga, ni si creía en Dios. En una palabra: no trató de “vender” su ayuda.

“DESPUES LE PUSO EN EL MISMO ANIMAL QUE EL MONTABA, LO CONDUJO A UN HOTEL Y SE ENCARGO DE CUIDARLE. AL DIA SIGUIENTE, SACO DOS MONEDAS Y SE LAS DIO AL HOSTELERO DICIENDO: “CUIDALO. LO QUE GASTES DE MAS, YO TE LO PAGARE A MI VUELTA”

Fué una ayuda no sólo eficaz y adecuada, sino también completa, hasta el fin. Incluso interesó a otras personas. Invirtió parte de su dinero, mucho de su tiempo y todo su corazón. ¡Se comprometió todo él hasta el final! .

“JESUS ENTONCES PREGUNTO: “SEGUN TU PARECER, ¿CUAL DE ESOS TRES SE PORTO COMO PROJIMO DEL HOMBRE QUE CAYO EN MANOS DE LOS SALTEADORES?”

O sea, ¿cuál de ellos se comportó como hermano y solidario de la víctima de los explotadores? ¿Cuál de ellos se condujo como auténtico liberador...?

Pregunta directa y al grano, muy personal y que compromete. Y, además, ineludible.

Y la contestación del otro: "EL QUE SE MOSTRO COMPASIVO CON EL".

Maestro de la ley, y judío, no tuvo valor para contestar: el samaritano. Un poco como si ahora, uno de estos cristianos "clase aparte", ortodoxísimos y puritanos, fuera interrogado, no por algún alto dignatario eclesiástico, sino por el mismo Jesucristo, de modo que no pudiera evadir ni la respuesta ni la verdad verdadera, sobre quién, de entre los actuales cristianos y compatriotas, actúa verdaderamente como prójimo de los venezolanos que sufren marginación e injusticia... Y tuviera que contestar este cristiano respetable a esa crucial pregunta: "quien se compromete, hoy, en Venezuela, a ayudar al marginado es ese "socialista", ese cura "rojo", ese Wuytack extranjero, ese grupo de cristianos que se atreven a criticar con "conciencia libre" a sus obispos y que ponen su tiempo y sus conocimientos profesionales al servicio de los necesitados..."

La respuesta de aquel maestro judío de la ley fue acertada, de todos modos. Fue honrado, al menos, al contestar. Sin embargo, cosa extraña en Jesucristo que siempre felicitaba a todo el que obraba o respondía debidamente, esta vez no le alaba al maestro de la ley ni su buen juicio ni lo acertado de su contestación. No le dice, pues: "Has juzgado muy bien, ¡enhorabuena!". Sino esto otro: "¡VETE Y HAZ TU LO MISMO!".

"¡HAZ TU LO MISMO!", ¿entiendes...?

Porque lo importante y decisivo para ser cristiano no es saber juzgar adecuadamente. Sino ACTUAR como es debido.

Porque esto es lo que te hace, nos hace, cristianos. No el hecho de ser "sacerdotes" o "levitas", cofrades del Santísimo o miembro de la Acción Católica. Sino únicamente el "HACER LO MISMO" que hizo el samaritano aquel. No existe otra forma válida de ser cristiano.

LIBERACION

Un camino hacia el futuro

Lo medular y más característico de esta nueva interpretación vital del Evangelio, de este actualísimo estilo de vivir el Cristianismo es la liberación. Su contenido humano-religioso de "salvación", procede de las más antiguas raíces bíblicas, y coincide con la necesidad más agudamente sentida por el hombre de nuestra época.

Llegar a ser verdaderamente libre y a actuar como tal es hoy, sin discusión, la meta suprema a la que aspira el hombre contemporáneo.

No hay bien más imprescindible, para ser hombre de verdad, que el de ser y actuar con auténtica autonomía interior. Todo el mérito y la entera responsabilidad de nuestra actuación radican siempre en nuestra personal libertad, ya que, según la insuperable afirmación de San Agustín, "el hombre es su libre voluntad". El hombre, si carece de libertad, deja de serlo, ya no es hombre.

Ser hombre y ser cristiano significan y

exigen, ante todo, **SER LIBRE. LIBERARSE ES SALVARSE.**

Pero que te quede bien claro que este tremendo poder de la libertad es un don que se nos da a cada uno sólo en germen. Es un dinamismo potencial, muy frágil y amenazado por todos lados, al que es preciso fortalecer continuamente. La libertad, como el Reino de Dios, padece violencia y sólo los violentos la conquistan.

Para llegar a ser verdaderamente libres nos es preciso convertir nuestra existencia en una incansable cruzada por la liberación propia respecto de cuanto nos esclaviza y nos aliena por dentro y desde fuera.

Conquistamos la propia libertad, liberándonos.

LIBERACIONES Y LIBERACION

1.— Para el **CAPITALISMO**, libertad significa la plena posibilidad de expansionar sus empresas económicas y de gozar sin límites ni trabas de sus abusivos privilegios sociales, sin otro fin que el de expresar a la vida hasta su última gota de placer. Y liberación será, por tanto, la lucha sin cuartel para conquistar y mantener por encima de todo esa situación de dominio y de poder.

Esta es una liberación y una libertad enteramente individualistas e inhumanas, impuestas egoístamente desde un intolerable sistema de injusticia y desigualdad. Lejos de liberar a nadie, lo único que en realidad logra es la esclavización de los marginados a los poderosos y la de éstos a sus más bajos apetitos.

2.— El **MARXISMO** no evolucionado, intrínsecamente materialista, entiende la liberación como un proceso violentamente revolucionario. La lucha despiadada de clases es considerada y utilizada como el imprescindible dinamismo para el avance de la historia mediante la aniquilación a como dé lugar de los explotadores, a quienes se considera enemigos absolutos sin posible redención. Y con una sola finalidad que es, en última instancia, la promoción económico-social de alcance exclusivamente materialista y terreno, de las clases actualmente oprimidas.

El bien más elevado y completo que esta pseudoliberación marxista produciría para el hombre —nunca se ha logrado aún, de hecho—, sería una especie de segunda versión del Paraíso terrenal, pero sin Dios y sin consistencia eterna.

3.— Existe aún otra clase de liberación, aparentemente de carácter cristiano. Es la que podríamos llamar **ESPIRITUALISTA**, diametralmente opuesta a las dos anteriores.

Este tipo de liberación sólo se preocupa por la salvación del alma y por los valores exclusivamente espirituales o trascendentes de la vida: la fe, el alma, la oración, la unión con Dios... Desprecia o prescinde de todas las demás realidades terrenas, incluidos los más auténticos valores existenciales del hombre: las ciencias, la técnica, la responsabilidad profesional, la conquista del universo... Más aún, pretende sólo la salvación eterna del alma. La salvación para más allá del tiempo, únicamente. Parece ignorar que cuando un hombre padece sed, hambre o cansancio, lo siente en todo su ser, le duele también el alma. Y que la alegría, la amargura, la desesperación o el ansia de la más alta unión con Dios, hacen estremecer el corazón, los nervios y la carne. Cada uno de nosotros amamos a Dios con el mismo corazón que sufre inconsolable cuando muere alguno de nuestros seres queridos.

Si el Cristianismo es algo es un servicio al hombre y a la sociedad humana. Quien abandona su deber en cuanto ciudadano de este mundo, ofende al Creador porque deserta de su misión obligatoria de construir la Ciudad terrena. Liberar el alma y no el cuerpo con todas sus implicaciones terrenales. Preocuparse por el eterno-Más-Allá, divorciándolo de lo temporal, implica, por lo menos, irresponsabilidad, evasión o cobardía. Y eso es anticristiano.

Esta pseudoliberación, así llamada espiritualista, es más engañosa y artera que las anteriores porque muestra hábiles preferencias hacia los valores más altos de la existencia. Pero su exclusivismo la hace utópica, desilusionante y enteramente frustradora. Y, al final, termina por ser traición al Cristianismo y al hombre.

Cómo buscan los cristianos la liberación

LIBERACION CRISTIANA

¿Qué conlleva, entonces, y que abarca, teológica y humanamente hablando, la liberación cristiana? ¿Que zonas del hombre y de su mundo comprende y compromete...?

La liberación cristiana, la única liberación revelada como completa y querida por Dios, abarca al hombre entero en cuanto hijo de Dios y como hijo de esta tierra.

Intenta responder a nuestros anhelos inmortales y a nuestras inmediatas preocupaciones primarias por la salud, la comida, la procreación y la necesidad de divertirnos...

De todos modos, para captar desde el principio el tuétano y el total alcance de la Liberación Cristiana, vamos a centrar nuestro punto de mira en JESUCRISTO, el supremo líder de la única verdadera REVOLUCION LIBERADORA de la Historia Universal.

JESUCRISTO: PIONERO Y LIDER

DE LA LIBERACION

Al comienzo mismo de su infatigable campaña de conscientización evangélica, queriendo Cristo precisar en qué iba a consistir la revolución liberadora que venía a promover y a capitalizar personalmente, Jesucristo se presenta a sí mismo y expone con claridad su programa concreto de actuación. Este momento crucial nos lo relata el evangelista S. Lucas, cap. 4, 16-21.

Un sábado fue Jesús a la sinagoga de Nazaret y, ante la tensa expectativa de sus asistentes, leyó uno de los más significativos pasajes bíblicos, referentes a El, escrito ocho siglos antes por aquel fulgurante y patético predecesor suyo en la larga batalla por la liberación humana, el profeta Isaías:

"EL ESPIRITU DEL SEÑOR ESTA SOBRE MI, CON EL QUE ME HA CONSAGRADO":

Lo primero de todo, Jesús garantiza la procedencia indiscutiblemente divina de su misión terrena y temporal.

"ME HA ENVIADO A TRAER LA BUENA NUEVA, o sea, el Mensaje de Liberación, A LOS POBRES", es decir, a todos aquellos que tienen la sencillez, la actitud, el corazón de pobre.

"A ANUNCIAR SU LIBERTAD A LOS CAUTIVOS", a aquellos que son esclavos de sus pasiones y a las víctimas de la explotación humana.

"A DEVOLVER LA LUZ A LOS CIEGOS" de los ojos del alma y de los ojos corporales, como se realizó en la curación del ciego de nacimiento: Jn. 9, 1-41.

"Y A LIBERAR A LOS OPRIMIDOS", como síntesis y culminación de la misión mesiánica de Jesucristo. Para esto vino al mundo, pasó años trabajando de obrero, predicó, comparó la vida de la gente humilde, lo persiguieron la policía y las autoridades religiosas, lo mataron entre todos y resucitó. Para librar de toda clase de esclavitud a cuantos vivimos bajo la opresión y las miserias de nuestro propio egoísmo y bajo las miserias y la opresión de un sistema social injusto e inhumano, basado en el egoísmo ajeno. Jesús liberaba de las esclavitudes físicas del dolor, la enfermedad y la muerte antes que de sus cadenas morales y espirituales.

Cuando terminó de leer el pasaje bíblico, mirando largamente a los asistentes que "tenían los ojos fijados en El", Jesucristo hizo con sencillez esta soberana afirmación: **"HOY SE CUMPLE EN MI ESTA PROFECIA Y USTEDES MISMOS SON DE ELLO TESTIGOS"**.

En ese pasaje profético, que es simultáneamente referible al propio profeta y a Jesucristo, Isaías alude a la libertad político-social del pueblo judío esclavizado en Babilonia y,

juntamente, a la liberación interior o espiritual. Es, por tanto, **LIBERACION COMPLETA DE TODOS LOS OPRIMIDOS BAJO CUALQUIER CLASE DE EXPLOTACION.**

Cuando, pues, Jesucristo ratifica esta profecía asegurando que había sido hecha en razón de El y que en El se estaba cumpliendo de modo completo, afirma de modo inequívoco que su misión salvadora como Mesías y Enviado de Dios a esta tierra nuestra es la de **LIBERAR, INTERIOR Y EXTERIORMENTE, A TODOS LOS HOMBRES DE TODA CLASE DE ESCLAVITUD.**

Jesucristo se nos presenta, en su vivir personal y en sus rotundas afirmaciones públicas,

como el hombre más revolucionariamente libre y liberador. **Toda su razón de ser, de vivir y de morir fue la de hacer de nosotros hombres plenamente libres y, en consecuencia, liberadores.**

La revolución promovida por Cristo llega a realizarse únicamente cuando logra hacer de cada uno de nosotros otro Cristo revolucionario como El, esto es, un hombre libre que se compromete de lleno en el esfuerzo común de liberación de todos.

Para ser hoy cristiano es preciso incorporarse a la revolución social liberadora. Pero, ¿a cuál? Porque no cualquier movimiento presuntamente emprendido en pro del hombre lo libera de verdad ni es, por tanto, cristiano, sin más.

“Es el mismo Dios quien, en la plenitud de los tiempos, envía a su Hijo para que hecho carne venga a liberar a todos los hombres de todas las esclavitudes a las que los tiene sujetos el pecado, la ignorancia, el hambre, la miseria y la opresión”. (Medellín, I, 3).

el Hombre debe ser su propio liberador

“Cristo, te amo
no porque bajaste de una estrella,
sino porque me descubriste
que el hombre tiene sangre
lágrimas
congojas
llaves
herramientas
para abrir las puertas cerradas de la luz.
¡Sí!, tú nos enseñaste que el hombre es Dios...
un pobre Dios crucificado como tú
y aquel que está a tu izquierda en el Gólgota
el mal ladrón
¡también es Dios! ”

(León FELIPE)

“Desde que Dios se hizo hombre, el hombre es medida de todas las cosas”, dice el famoso teólogo Karl Barth, definiendo así las dos grandezas esenciales del ser humano —parentesco con Dios, centro de la creación— que son ciertas cuando no se las separa.

El Vaticano II restablece también al hombre en su natural puesto cimerio dentro de la creación:

“Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo”. (GS, 34).

“La Biblia nos enseña que el hombre ha sido creado ‘a imagen de Dios’ y que por

Dios ha sido constituido señor de la entera creación visible": (GS, 12)

"Creyentes y no creyentes están generalmente de acuerdo en este punto: todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos ellos". (GS, 12).

Y, como síntesis explicativa de cuanto antecede:

"...el hombre es la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma". (GS, 24).

Así que podemos hacer esta escalofriante afirmación:

POR ENCIMA DEL HOMBRE, NO HAY NADA SINO SOLO DIOS.

POR DEBAJO DEL HOMBRE, TODO CUANTO NO ES DIOS.

Somos cada uno de nosotros, tú, yo, los demás, después de Dios, lo más importante que existe. La gloria misma de Dios y su voluntad consisten y coinciden en que lleguemos a la plena promoción de nosotros mismos.

A Dios mismo hay que descubrirlo y alcanzarlo en el hombre. Y no al revés.

Podríamos glosar a Karl Barth así: Desde que Dios se ha hecho hombre, el hombre es el cruce por donde pasan necesariamente todos los caminos que llevan a Dios.

CARACTERISTICAS DE LA LIBERACION

I.— EL PRESENTE EN TENSION DEL FUTURO.

Es teológicamente necesario que la empresa de transformar revolucionariamente las bases de la sociedad, tal como lo exige Cristo a todo el que desee hoy comprometerse con El, se ha de realizar teniendo muy en cuenta el modo de ser y, sobre todo, de QUERER SER, del hombre actual. Sólo así podrá ser respuesta a los angustiosos interrogantes y a las vitales aspiraciones de nuestra generación. Anhelos y preguntas que apuntan hacia la incógnita del futuro.

A.— ANTROPOLOGIZACION UNIVERSAL DE LA CULTURA.

Hoy día, el universo material, el sentido de la existencia, el valor de la religión y hasta Dios mismo, son descubiertos, interpretados y alcan-

zables sólo desde el hombre.

El destino final de toda criatura humana es UNICO y SOBRENATURAL

El único modo de alcanzar ese destino definitivo, el encuentro con Dios, consiste en que el hombre luche por liberarse de cuanto le impide llegar a ser plenamente persona humana.

Todo cuanto existe se considera destinado por Dios al servicio exclusivo del hombre.



B.— CRECIENTE CONCIENCIA PERSONAL DE RESPONSABILIDAD.

El hombre actual quiere inventarse y protagonizar su propio destino. Vamos tomando creciente conciencia de que nadie, ni siquiera Dios! , puede reemplazarnos jamás en la responsabilidad personal de lo que cada uno de nosotros tiene que realizar.

De esta convicción, tan evangélica como genuinamente humana, de la que con razón nos enorgullecemos, proviene el actualísimo fenómeno de la objeción de conciencia y de la "contestación" a la autoridad y a lo institucional cuando se empeñan en invadir el reducto íntimo de la conciencia personal y en exigir obediencia 'ciega' a normas, estructuras e instituciones caducadas, convencionales, vacías de sentido y de vigencia. Hoy día no se puede ser creyente de verdad sin ser, en alguna forma, contestatario. No serlo significaría no vivir con estilo responsable el Evangelio. Y conduciría

—conduce, de hecho— a poner el mayor impedimento al avance del Reino de Dios. ¿Qué es la revolución liberadora sino una gigantesca y radical “contestación”...?

“La rebeldía, para todo el que haya leído algo de historia, es la virtud original del hombre”, dijo, agudamente, Oscar Wilde.

“Que Cristo fundó una Iglesia, no lo dudo. Que instituyó el sacerdocio y el episcopado, tampoco lo dudo. Pero no me parece honrado cohonestar con estas dos verdades todas las barbaridades que han hecho y siguen haciendo las jerarcas de la Iglesia. Ni que exijan una obediencia nazi. Ni que amordacen al pueblo y acaparen de tal manera la Iglesia, que incluso en los tratados dogmáticos el estudio de la Iglesia se convierte en un estudio de la jerarquía. Ni que olviden que el pueblo de Dios no son ellos solos...” (Javier DOMINGUEZ, ¡Yo creo en la justicia! , Bilbao, 1973, p. 124).

Por lo demás, la autoridad en el Cristianismo debe ser SERVICIO, no privilegio ni, mucho menos, abuso. Jesucristo, el Señor de la Liberación, dijo que no venía a ser servido, sino a servir. (Mt. 20, 28).

C.— DEMOCRATIZACION DE LA IGLESIA

La Iglesia está siendo comprendida, cada día mejor, en su verdadera naturaleza y finalidad. Sólo de esa manera está haciéndose aceptable para los hombres sinceros de nuestro tiempo.

Durante años, la Iglesia se nos ha proyectado como si fuera una especie de refugio para unos pocos privilegiados con suerte, algo así como una Compañía de Seguros Espirituales dentro de la cual, las gentes timoratas, y “de orden” podían salvarse individual y timoratamente. Para alcanzar a Dios era preciso ingresar al círculo de los escogidos. Se ponía de relieve, más que nada, su impresionante arquitectura dogmática, jurídica e institucional; su férrea articulación disciplinar y jerárquica. La Iglesia decretaba, condenaba, definía infaliblemente, anatematizaba, era ley, autoridad y saturante influjo. En su estructura de tipo clerical, entonces imperante, los obispos y los curas se creían ser más Iglesia que los fieles.

Hoy, poco a poco vamos redescubriendo la esencia y la misión auténticas de la Iglesia, la cual es vista como Misterio de Comunión, Pueblo de Dios en marcha, “Sacramento universal de salvación”. Se va aceptando el hecho de que formar parte de esta Iglesia comporta un riesgo, representa un desafío constante

y exige una apertura hacia todos los hombres. Hacia todos, sin excepción. Pertener a la Iglesia católica, — icatólica! , o sea, universal— entraña una apuesta personal, muy arriesgada y solidaria por la salvación de los otros. Hoy, cada cristiano exige ser Iglesia lo mismo esencialmente que lo es Paulo VI y los Eminentísimos Cardenales, aunque, como es obvio, con distintas funciones y responsabilidades. No con menos ni menores responsabilidades, sino distintas. Cada cristiano quiere sentirse como un argumento en pro o en contra de Cristo. Cada cristiano es responsable del “rostro” de la Iglesia ante los no creyentes.

D.— EL PECADO DE VIVIR EN LA MISERIA.

Crece la convicción, entre los hombres mejores de nuestra época, de que la miseria no es querida por Dios para ninguno de sus hijos. Cristo se hizo pobre para identificarse con los marginados y demostrar su sincero y efectivo amor por ellos. Pero no para dar a la miseria carta de ciudadanía cristiana. La pobreza, en cuanto voluntario desprendimiento por amor a todos, es una virtud fundamental cristiana. Pero es una mentira execrable y asesina afirmar que la pobreza, la miseria y la marginación son situaciones existenciales queridas por Dios para garantizar el bien espiritual de sus hijos mejores, o que son inevitables consecuencias de la insuficiencia de los recursos naturales.

La existencia de la miseria es un pecado y una maldición porque son resultados de la falta de solidaridad entre los hombres y del egoísmo de los que poseen en exceso.

La injusta, inhumana e intolerable distribución actual de las riquezas, del poder y de las responsabilidades, por muy respaldada que esté por sistemas jurídicos e institucionales, no se legitima evangélicamente jamás, en ninguna hipótesis. Una tal situación sólo es atribuible al egoísmo explotador de unos pocos, a la cobardía y complicidad de muchos otros, y a la falta de concientización y resolución de luchar por parte de los millones de marginados.

Recomendar a los marginados en nombre del Evangelio, que renuncien voluntariamente a salir de su miserable condición y a ella se resignen por el Reino de los Cielos, eso es traicionar a Cristo, a la Iglesia y a los pobres.

E.— TRASCENDENCIA SOBRENATURAL DE LA LUCHA POR LA LIBERACION.

En la conciencia religiosa contemporánea se va abriendo camino la convicción de que todo esfuerzo humano por el bien, la verdad o la justicia está inspirado por Dios mismo en el corazón del hombre, aunque este no lo sepa ni lo admita.

Todo ciudadano de este mundo está invitado personalmente por Dios a adquirir la ciudadanía del Reino de los Cielos.

Muchísimos hombres, oficialmente no pertenecientes al Cristianismo, son, bajo la misteriosa influencia divina, liberadores, y, por tanto, verdaderos cristianos, cristianos anónimos.

Muchos cristianos, en cambio, esto es, bautizados en su niñez, actúan contra o al margen del Evangelio y son explotadores, cristianos de sólo etiqueta.

Lo que decide del valor real de un ser humano ante Dios no es el hecho de que esté bautizado o no, sino de que esté o no comprometido en la liberación. Toda exigencia fundamental proveniente del Evangelio tiene hoy algo intrínseco que ver con el proceso revolucionario liberador.

Ser cristiano depende solo de lo que se hace en relación a los demás, no de lo que se dice ni de lo que se aparenta o representa.

F.— DIMENSION POLITICO-TEMPORAL DEL REINO DE DIOS.

Lo humano es un elemento esencial de lo cristiano.

Cuanto más auténticamente persona sea un hombre, más y mejor cristiano puede ser.

Quienquiera alcanzar el Reino de Dios y salvarse para siempre, tiene que colaborar de lleno en la construcción comunitaria y temporal de la Ciudad Terrestre.

Un cristiano, por su condición de tal, tiene obligaciones políticas, sociales y culturales insoslayables.

Hoy, todo es, en algún modo, política, aun cuando la política no lo es todo.

Jamás, por tanto, se puede afirmar, desde una válida interpretación del Evangelio, que la Iglesia no debe meterse en política. Eso es teológicamente falso. E históricamente, imposible. Quedar fuera de la política es estar, fuera de este mundo. Es, además, una falsedad histórica, puesto que la Iglesia, desde que nació hasta ahora, siempre ha tenido una inevitable proyección política, y por eso precisamente ha sido perseguida o adulada. Más adulada que perseguida, desdichadamente.

Lo que ocurre es que al escandaloso contubernio de la Iglesia con los poderes de este mundo —desde Constantino para acá— no se le ha llamado "hacer política". Sólo cuando se pone del lado de los marginados y, en consecuencia, ineludiblemente, frente a los imperialismos del poder y del dinero, es cuando se grita, con farisaico escándalo, que la Iglesia se está metiendo en lo que es del César...

A Cristo mismo lo condenaron a muerte "porque subvertía al pueblo", lo que era una amenaza para el régimen político de entonces.

"La propia Iglesia comprendió bien pronto esta ley histórica y se apresuró a aliarse a los que timoneaban la marcha del mundo. Tal vez lo hizo con buena voluntad. Desde el timón era más fácil dar un buen rumbo a la historia. Sólo que, cuando se vio con el timón en las manos, le entró un miedo pavoroso de perderlo. Y olvidó hasta la dirección en que quería ir. Puso todo su empeño en mantener su mandato. Cargó a los demás de preceptos y órdenes y olvidó su evangelio". (A. PEREZ-ESCLARIN, *La gente vive en el este*, Caracas, 1973, p. 56).

Desde hace tiempo, ya no se pueden separar, evangelicamente hablando, Cristianismo y efectivo compromiso con la revolución social liberadora, con todas las resonancias inevitablemente políticas del caso. Hoy en día, la "credibilidad" humana de la Iglesia de Cristo, por parte del hombre de la calle, depende de su efectiva participación en la lucha por la liberación de la persona humana en todos los niveles.

Lo importante es HACER lo que Dios verdaderamente quiere: la liberación.

Lo secundario es sentir la seguridad y el gusto de hacerlo PORQUE se sabe que Dios lo quiere.

Tu vida será cristiana si, como Cristo, te comprometes a favor de los pobres, políticamente hablando también. Pero estarás a mil kilómetros de distancia real del Evangelio, aunque cumplas todas las formalidades de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, si no te metes en política para luchar por los marginados.

G.— LA REVOLUCION COMO UNICA SALIDA.

Queda claro, cada día más, que el compromiso con el proceso de liberación —que es la for-

ma actual de ser cristiano— tiene que abarcar a todo el hombre y a su entera actividad y transformarlo de arriba abajo.

Que una conciliación blandengue o unas superficiales reformas son sólo un artificio para mantener el actual "desorden institucionalizado"

Que seguir ensalzando como virtud cristiana la resignación pasiva y alienante, eso es calumniar al Cristianismo y al Evangelio. Eso no está en el Evangelio. Está lo contrario, taxativamente.

Que ya no bastan las exhortaciones piadosas, ni las bonitas doctrinas teológicas, ni los gestos paternalistas, ni las declaraciones episcopales y pontificias, ni el piadosismo rezandero, ni los banquetes anuales de Cáritas, ni la blanda prosopeya de una liturgia inaccesible o acaramelada, ni las limosnas de lo que sobra, ni las generalidades evasivamente estratosféricas de muchas predicaciones de la Palabra de Dios...

Que hace falta, y con urgencia, una verdadera ruptura radical, un convulsionante cambio revolucionario desde las raíces hasta la hojarasca de esta sociedad de mercado, y que todo esto se impone desde el tuétano del Evangelio, la "Buena Nueva" de la Liberación.

y **REVOLUCION** de los liberación pueblos

Comienza por causar una auténtica conmoción en el campo religioso por la profunda originalidad de su reinterpretación del Mensaje de Salvación. Por su origen, método y objetivos. Por lo cual, los cambios que esta teología exige, desde su visión actualísima del Evangelio, afectan directamente los cimientos mismos de esta sociedad y las zonas más hondas del hombre. Exige, imperiosamente, una transformación tan urgente y total que no puede ser llamada de otro modo sino **REVOLUCION**, esto es, cambio radical y apremiante de hombres y estructuras.

"No deja de ver el cristiano que América Latina se encuentra en muchas partes, en una situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada cuando, por defecto de las estructuras de la empresa industrial y agrícola, de la economía nacional e internacional, de la vida cultural y política, "poblaciones enteras falta de lo necesario. viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política" (Populorum progressio, 30), violándose así derechos fundamentales. Tal situación EXIGE TRANSFORMACIONES GLOBALES, AUDACES, URGENTES Y PROFUNDAMENTE RENOVADORAS". (Medellín, 2, 16).

Esto no significa que hay que reducir todo lo existente a escombros y comenzar desde cero. "Los verdaderos revolucionarios no proceden nunca como si la historia empezara con ellos", escribía, certeramente, José C. MARIATEGUI, en Peruanicemos al Perú, p. 117. Pero es necesario superar definitivamente formas, estructuras e

instituciones inoperantes y agotadas. Es preciso que esta superación abarque al completo sistema actual en todos sus niveles significativos de la existencia humana: económico, social, político, jurídico, cultural y religioso. Antes que ningún otro, religioso.

"Aquí, en Latinoamérica, más que en otras partes, pareciera que con mayor acierto se justifiquen reproches a la religión y a la iglesia como 'opio del pueblo latinoamericano', tranquilizadora de conciencias, cómplice de las clases dominantes. La religión utilizada como ideología para justificar y sostener la situación de explotación, por un lado, y, por otro, pretender presentar la religión como 'asunto sólo espiritual', 'íntimo', 'cuestión de la conciencia', 'salvación del alma'. A esto se suma la sensibilidad del pueblo latinoamericano por la religiosidad. Mientras se utilizaba políticamente la religión y la iglesia, se pretendía inculcar una fe apolítica, ajena a la lucha del pueblo y alejada de las realidades que no fueran estrictamente espirituales". (Alejandro CUSSIANOVICH, Nos ha liberado, Salamanca, 1973, pp. 145-146).

Hace falta realizar dentro de la Iglesia nuestra una "operación limpieza". Un poco como hizo Cristo en el Templo de Jerusalén. Los peores enemigos del Evangelio no están fuera, sino dentro. No son los que atacan desde enfrente. Sino los que desprestigian el Cristianismo y lo neutralizan con su conducta. Los que trafican con lo sobranatural. Los profesionales del "opio religioso". Los que "venden" sus creencias y "compran" su cielo...

Ya va siendo hora de que vayamos perdiendo el temor a la palabra REVOLUCION. Es la única que expresa con la máxima aproximación la tremenda fuerza transformante del Evangelio y su urgente aplicación actual. Es necesario inaugurar un estilo nuevo, cualitativamente diferente, de hombre y de sociedad, inspirado en el meollo nuclear del Evangelio.

Los profetas del Antiguo Testamento fueron considerados por los dignatarios de aquel tiempo, como 'subversivos', inconformistas, 'contestatarios'. Como los 'comunistas' de entonces. Y eran los pioneros de la liberación. Fueron perseguidos y condenados porque predicaban una religión revolucionaria. Hoy día los obispos que defienden, con riesgo de sus privilegios y hasta

de sus vidas, los movimientos revolucionarios de liberación, son llamados por eso los obispos "rojos" de Latinoamérica, los obispos "comunistas"...! Cuando lo natural y verdadero sería decirles los obispos-obispos, los obispos más cristianos...

PARA SER CRISTIANO HOY ES PRECISO SER REVOLUCIONARIO

A.— DESDE LA CONCIENCIA DE CADA HOMBRE. Toda revolución que pretenda llevar a cabo una transformación positiva del orden social ha de partir del hombre, del centro nuclear de su persona, de su conciencia. La liberación tiene que ser, antes que nada, una profunda y progresiva conversión del corazón. Y, en primer término, del propio corazón, naturalmente.

Ninguna revolución llega a mejorar nada si no logra, antes, mejorar el mundo interior de la persona humana. El hombre es el que crea a su imagen y semejanza las leyes, estructuras e instituciones que conforman la sociedad, además de ser su único intérprete y ejecutor. Por otra parte, sólo cuando nos sentimos insatisfechos y decidimos mejorar es cuando nos damos cuenta de cuán injusto y esclavizador es el actual sistema

de sociedad de compra-venta en que estamos atrapados.

Ninguno de los instalados y satisfechos, por un lado, ni de los derrotistas, por el otro, cambiará nunca nada. Unos y otros, aunque por opuestas razones, se han adaptado egoístamente al sistema y han renunciado a mejorarse

“Tal vez les llame la atención oír hablar a un cura así... Pero es que en la situación en que vivimos, no sólo es un derecho humano y cristiano el protestar, sino que es hasta un deber... Tenemos que hacerle sentir a la otra ciudad nuestro dolor y nuestra fuerza. Recordarles que también nosotros somos ciudadanos, hombres como ellos, con un corazón igual y un mismo derecho a ser felices. Tenemos que hacer tambalear su seguridad con nuestra hambre, y llenar la paz tranquila de sus ojos con todo nuestro dolor y el de los hijos. Debemos recordarles que cuando se levantan o acuestan en sus camas olorosas, cuando van a sus oficinas alfombradas y con aire acondicionado, cuando se gastan diez mil bolos en la fiesta de una hija quinceañera, cuando van al Tamanaco a oír el último cantante de moda, cuando se tuestan tras una pelotita de golf en su Country Club, cuando se van a descansar a Nueva York o Londres... hay hermanos suyos mendigando trabajo y muriendo de hambre. Hermanos suyos que se emborrachan para huir a su miedo y miseria. Hermanos suyos humillados, pisoteados en su dignidad de hombres”. (A. PEREZ-ESCLARIN, *La gente vive en el este*, Caracas, 1973, pp. 137-138).

A imitación del Señor de la Liberación, es preciso derribarles a los ricos los falsos tinglados que se han armado en sus conciencias endurecidas, y gritarles en la cara, a esos ricos que acu-

“Mientras haya gente hambrienta, niños barrigones de lombrices, ranchos destartados... , todo lujo y todo despilfarro es antihumano y anticristiano, aunque los despilfarradores vayan a misa todos los días e inviten al Obispo a la primera comunión de sus hijos”. (o.c., o. 138).

Y tenemos que sacudir también la apatía de los oprimidos, que es el impedimento más grande, mucho mayor que el abuso de los explotadores, para su propia liberación.

Es más importante y urge más, tanto por motivos evangélicos como por razones de eficacia, despertar de su anticristiano letargo paralizante a los marginados a fin de que sientan sus obligaciones y derechos de superación como personas e hijos de Dios, que el intento de cuartear la conciencia endurecida de los explotadores, de abrir brecha en la dura coraza interior con que se abroquelan para defender sus inicuos abusos. Desde que el mundo es mundo la pasividad y la resignación del que está debajo han sido siempre, en orden a cualquier intento liberador, mucho más dañinas y obstaculizantes que la inescrupulosa obstinación avasalladora de los prepotentes. Nunca se ha iniciado ninguna revolución social partiendo del remordimiento de los que poseen abusivamente el dinero y el poder; sino única-

Por eso, es preciso que la campaña de liberación comience por una radical evangelización de las conciencias de todos. Es necesario convulsionar en lo más vivo y sensible la infame tranquilidad de los explotadores. Comenzar por desintoxicar sus conciencias del “opio religioso” de un cristianismo desmedulado con que han sido durante tanto tiempo drogados.

mulan riquezas a costa de los demás, que a ellas hipotecan hasta el corazón y que todavía se creen cristianos, que han convertido su cristianismo en una empresa

mente desde la rebeldía y la determinación de luchar por parte de los oprimidos.

B.— CADA HOMBRE, LIDER DE SU PROPIA LIBERACION. Cada persona es directamente responsable, en última instancia, de lo que hace o deja de hacer, ante el inapelable tribunal de su propia conciencia, según la cual será juzgada por Dios.

No obstante, todavía hay gentes por ahí, frecuentemente revestidas con la aún intocable investidura clerical, que mientras dictaminan como dioses cuándo un cristiano peca y cuando no, al mismo tiempo, sin ninguna crítica de conciencia, justifican y defienden a juro el “orden constituido” por el solo y extrínseco motivo de ser un orden institucionalizado. Es una actitud radicalmente antievangélica. Cada uno se tiene que hacer insustituible e intransferiblemente responsable de su personal decisión de conciencia en favor del compromiso efectivo con la revolución liberadora frente a todos los sistemas habidos y

por haber, si estos se juzgan, a la luz del Evangelio, que son radicalmente injustos.

Pongamos algunos ejemplos:

- 1.— Derribar por la violencia un régimen socialista, legítimamente elegido por votación popular, ha sido declarado legal según la autocrática legislación impuesta con sangre por el grupo vencedor. Pero, en conciencia, ¿no resulta injusto el hecho como tal e inhumano el modo de haberlo realizado? ¿Qué autoridad moral pueden invocar esos señores militares, aunque celebren con misa solemnísimas en la catedral la fiesta nacional de la independencia, para encarcerar, torturar y matar a quienes no se sometan a su autoridad y a la ley? ¿A qué ley y a qué autoridad?
- 2.— ¿Qué autoridad puede esgrimir un mandatario, por muy presidente que sea, que dice a los campesinos de su país: "si aparece entre ustedes un comunista no vacilen en matarlo, sin averiguar qué tal persona es o qué ha hecho, sin juicio alguno, que yo cargo con la responsabilidad"? ¿Cómo se puede transferir a otro la responsabilidad moral ante Dios de un asesinato aunque esté legalmente autorizado por todo un señor presidente? ¿Es obligación o es pecado obedecer a un dictador así?

Es, por tanto, el propio hombre oprimido quien tiene que superar por sí mismo, aunque con la ayuda de los demás, cuanto le esclaviza dentro y fuera de sí.

Por eso, el paternalismo, en cualquiera de sus execrables e inúmeras modalidades, se opone de lleno a la verdadera liberación. El paternalismo divide a los seres humanos en superiores naturales —los que ayudan— e inferiores sempiternos —los infelices necesitados siempre de ayuda—; en los que se creen ricos en dones de salvación frente a los espiritualmente menesterosos.

Finalmente, no tiene nada de evangélico porque, al contrario de lo que asegura Cristo que es la señal del auténtico liberador cristiano —hacer el bien callada y humildemente—, el paternalismo busca la publicidad y el reconocimiento oficial, y acepta todas las condecoraciones con que los poderes de la tierra, civiles y eclesiásticos, rinden vacuo homenaje y, al mismo tiempo, uncen a su triunfalismo esclavizante a todos los falsos bienhechores.

Nuestro compromiso con los oprimidos, y,

de paso; todos lo somos en algún grado, tiene que imitar también en esto el estilo de Dios. No debe sustituir el esfuerzo personal de nadie ni tampoco imponerle nada. Lo primero significaría reemplazarle; lo segundo, despersonalizarle. Nuestra colaboración ha de ayudar a que cada uno, en el ámbito comunitario, se haga autoliberador, agente directo y responsable de su propia salvación, protagonista de la común aventura de la revolución liberadora.

Tú mismo te sublevas, y con razón, cuando alguien se obstina en imponerte algo porque sí o cuando intentan transferirte su experiencia para evitarte errores. No. Cada quien tiene que andar su propio camino con gallardo sentido de la responsabilidad.

Las grandes convulsiones sociales han surgido siempre en la base de la sociedad y se han llevado a realización con gente del pueblo, por los que son víctimas directas de la situación que se pretende cambiar. Piensa en la Revolución francesa, en la convulsión comunista, en las guerras de la Independencia, en la socialización cubana, en la implantación del Cristianismo...

Jesucristo mismo pertenecía a la clase humilde de los asalariados, fue perseguido a muerte siendo todavía niño por los poderes públicos, tuvo que emigrar con su pobre familia al extranjero, trabajó de obrero durante casi toda su vida, experimentó en carne propia lo que es marginación, pobreza, vivir al día. Se identificó plenamente con aquellos para quienes el mundo es siempre "ancho y ajeno". No quiso formar parte de la jerarquía religiosa judía ni pertenecer a ningún grupo de poder o de presión.

IV.— LIBERACION, TEMPORAL Y ETERNA DEL HOMBRE COMPLETO.

La liberación con la que debemos comprometernos, debe llegar a TODO el hombre y a su ENTERA esfera de acción.

A.— TODO EL HOMBRE. Alma y cuerpo, cada uno con sus características y exigencias propias. Ni el alma ni el cuerpo pueden actuar ni expresarse por separado en cuanto integrantes de una misma persona.

1.— Ni sólo el alma... Resultaría una traición al Cristianismo presentarlo como una religión espiritualista y etérea, puramente preocupada por la sola salvación del alma. Una revolución que, a nombre del Evangelio, viniese a liberar al hom-

bre sólo en cuanto ser espiritual e inmortal, no tendría mucho que ver con la transformación social que el Cristianismo proclama como suya propia. La liberación evangélica trata de liberarnos de TODO cuanto nos esclaviza actualmente, por dentro y desde fuera; de TODO cuanto nos impide la PLENA realización de nosotros mismos en TODAS nuestras específicas aspiraciones vitales y humanas, tanto ultraterrenas como existenciales.

¿Cómo pretender que un hombre se ocupe del Más-Allá si su existencia presente es un verdadero infierno: si se ve acosado por el terrible apremio de lograr el sustento necesario para subsistir cada día; si no dispone de tiempo ni posibilidades para instruirse en nada y si, como consecuencia de todo, se siente visceralmente estrangulado por la amargura, la frustración o la furia, o por los tres sentimientos juntos...?

“Cuando se ignora de dónde llegará la próxima comida, no se puede pensar en el estado del alma ni en cuidarla. El hambre no tiene moral”. (Morris WEST, El abogado del diablo, Barcelona, 1962, p. 105).

Drenado física y psicológicamente por la desnutrición crónica y por los humillantes complejos de general inferioridad a que le llevan la marginación y la miseria, la ignorancia y el hambre, ¿cómo va el hombre a tener tiempo ni ganas para luchar por un destino ultraterreno que le queda tan lejano de las crudas necesidades inaplazables que le roen las entrañas? Por el contrario, a nada que adquiera conciencia de su injusta situación, se convierte en fácil presa de los instintos primarios que inducen a la delincuencia como desesperada revancha personal contra la sociedad, o a buscarse la evasión o coartada de su deber de hombre entregándose a los enervantes paraísos artificiales de la bebida, de la droga barata o de la extenuante sexualidad incontrolada y violenta.

Para hacerte una idea aproximada de los infranqueables problemas económico-sociales que han de enfrentar cada día miles de venezolanos, consulta el No. 6 de esta misma colección “Curso de Formación Socio-Política”, titulado “Problemas sociales de Venezuela”.

Más aún. Un hombre hambriento, ignorante y atrapado en un medio ambiental sórdido, trágico sumidero moral al que va a desaguar sus tristezas y frustraciones toda la miseria de su vi-

da, comienza por perderse el respeto a sí mismo y a subestimarse como escoria humana y material de desecho. Si no reacciona a tiempo y con voluntad de liberarse, de superar esa decadente degradación, se le irán gradualmente entumeciendo sus resortes vitales de superación y, al final de su triste proceso de degeneración, su corazón reseco y endurecido sólo podrá supurar los más amargos y turbios deseos de revancha destructora.

La infrahumana condición de degradante subdesarrollo económico-social en que pena el ciudadano del Tercer Mundo, le hace infinitamente más difícil aun la conquista del Reino de los Cielos.

La Liberación, basada directamente en el Evangelio y en la comprobación de esa trágica e innegable realidad, establece dos capitales principios orientativos para la revolución social cristiana:

- Todo esfuerzo por rescatar al hombre de las condiciones infrahumanas de la miseria, la ignorancia y la explotación en el orden material, supone un avance real necesario hacia la liberación total evangélica.

Antes de poder alguien sentirse hijo de Dios, es preciso que llegue a sentirse simplemente hombre.

Por lo cual, tratar de conscientizar a los marginados sobre lo inhumano de su mísera situación, y de combatir con ellos para conseguir salarios y condiciones justas de trabajo, acceso a la educación y todas las demás necesarias y justas mejorías económicas, todo esto es ayudar directa y evangélicamente a esa liberación plena del hombre que Cristo vino a promover. Y es igualmente liberación evangélica recurrir a todos los medios no violentos necesarios para la redención económica de los marginados, como organización de cooperativas y sindicatos eficaces, de manifestaciones públicas e incluso huelgas, cuando los demás recursos legales han resultado inútiles. “A veces puede ser más importante formar un sindicato, que construir una iglesia”, dijo en Medellín Mons. Araujo Sales, arzobispo de Bahía.

Los milagros que realizó Cristo fueron casi todos para remediar necesidades corporales, para liberar al hombre de su servidumbre a lo material. Y cuando los dis-

cúpulos de Juan el Bautista fueron a preguntar a Cristo si Él era el Mesías o Libertador que estaba esperando el pueblo de Israel, o tenían aún que aguardar a otro, Jesús les respondió de esta manera: "Vayan a contarle a Juan lo que ustedes mismos han presenciado: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia la Buena Nueva a los pobres". (Lc. 7,22).

- Toda ayuda material, por humilde que sea, es en sí misma evangélicamente liberadora con tal de que no se excluya ni se impida la promoción del hombre en todas sus demás aspiraciones fundamentales, como son su sed inextinguible del propio per-

"Una cosa hay cierta para los creyentes: la actividad humana individual y colectiva o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios... Esta enseñanza vale igualmente para los quehaceres más ordinarios. Porque los hombres y mujeres que, mientras procuran el sustento para sí y su familia, realizan su trabajo de forma que resulte provechoso y en servicio de la sociedad, con razón pueden pensar que con su trabajo desarrollan la obra del Creador, sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia". (G et Spes- 34).

Quien afirmara que lo que, en definitiva, importa es la salvación final del alma para la eternidad, le diría que así es, pero que el alma no se salva separada de su envoltura corporal, sino que se salva el hombre entero, su persona. Y a quien dijera que se puede salvar espiritualmente el hombre aun partiendo de ínfimas condiciones de humillación y miseria, le contestaría con el mayor respeto que no sabe lo que dice, y que lo pruebe a ver...

2.— Ni sólo el cuerpo... No de sólo economía vive el hombre. Ni basta, para que se salve, la sola superación de todas las humillantes esclavitudes económico-sociales que lo encadenan.

Ayudar a nuestro hermano marginado a solamente librarse de la desnutrición y el rancho insalubre, del sórdido ambiente infrasocial y del permanente sobresalto a causa de su radical inseguridad económica, sin al mismo tiempo ayudarlo a liberarse de las alienaciones y esclavizamientos culturales y religiosos, no tendría nada que ver con la salvación por la que Cristo dió su tiempo, sus energías y su vida. Al contrario, resultaría —y hay pruebas históricas de ello, rotundas y terribles— una esclavitud más degradante aun y frustradora que la misma miseria material.

feccionamiento, su hambre de amor sin límites y su insaciable anhelo de Dios.

Jesucristo aseguró que cuanto se hace por emancipar al hombre, a cualquier hombre; de sus más inmediatas servidumbres materiales —el hambre, la sed, la desnudez, la falta de techo— El lo considera como hecho a su propia persona. La confirmación más rotunda de esta asombrosa realidad, la tienes en la descripción que Cristo nos hace de cómo va a ser, el Último Día de la Historia Universal, el Examen Final de todos nosotros ante el Tribunal Supremo de Dios. Esa Prueba versará sobre una Asignatura única y su Resultado marcará para siempre el destino definitivo de cada uno de nosotros.

Significaría tener más para SER menos. Porque, vamos a ver: si vienes al mundo en un rancho y te despides de la vida en una lujosa mansión del Country Club; si naces de padre desconocido y mueres siendo Premio Nóbel; si comienzas tu existencia en una cuna miserable y la culminas en un ataúd de lujo, ¿Eso significaría que habrías triunfado, que te habrías realizado plenamente como ser humano...?

Suecia, que es el país económica y socialmente más avanzado en proporción que se conoce, y el más liberal, tiene al mismo tiempo el más alto índice, proporcional también, de suicidios de todos los países del mundo. Suicidios que se atribuyen, según cuidadosas comprobaciones, a pérdida del interés vital, a sentimientos de frustración profunda, a un delicuescente tedio de la vida...

Suecia constituye así una confirmación histórica, tangible y rotunda, de cómo cuanto más próspera sea la condición económica de la sociedad, si el ser humano no realiza en ella sus aspiraciones espirituales, si no lleva a cabo con esfuerzo propio la promoción total de su persona, mayor y más trágica es su interior infelicidad y frustración.

—¿Qué diferencia hay entre un marxista y un cristiano?

La pregunta ha salido de la noche, entre la maleza.

—Que el cristiano cree en Dios y el marxista no —le ha respondido Lucas a mi lado.

—¿Y qué puede importar eso para nuestros problemas? —pregunta de nuevo la voz desde la noche.

—Sólo Dios hace posible la idea de hermandad entre los hombres —contestó—. Porque El existe, nuestras luchas por un mundo mejor y de hermandad tienen un sentido. Donde los marxistas quieren un mundo de iguales, los cristianos queremos un mundo de hermanos. Y sabemos que es posible, porque Dios existe.

—Dios, Dios. Pendejadas. Todo eso son pendejadas. Dios no existe. El hombre es Dios. Yo existo porque Dios no existe. El ateísmo es la verdadera ciencia. Lo demás es superstición y pura paja. —Las palabras de Jesús hacen más denso el silencio.

—Existes porque Dios existe —le digo al cabo de un rato.

—Si Dios existe, ¿por qué no hace nada? ¿Dónde está?

—Ahí, en el corazón mismo de tu pregunta y de tu queja”.

(A. PEREZ-ESCLARIN, La gente vive en el este, pp. 244-245).

Cristo mismo, que demostró su Mesianidad Liberadora socorriendo necesidades físicas, inmediatas, corporales, y que asume como favor personal hecho a El toda ayuda prestada en ese humilde nivel material a cualquier hombre, exige categóricamente a los que desean ser sus colaboradores un radical desprendimiento interior, afectivo, de TODOS los bienes materiales; y un desprendimiento real y efectivo de CUALQUIER cosa que pueda impedir bienes mayores. (Mt. 19, 21). Lc. 12, 15. 22-34; 14, 26-27; 16, 13; (19, 31).

En uno de los más importantes discursos del Señor, el llamado “Sermón de la Montaña” —Mt. 5, 1-10 y Lc. 6, 20-23—, que es como la Carta Magna del Cristianismo, el Programa de Vida para que el cristiano sea cristiano, esto es, llegue a ser una persona plenamente liberada y liberadora, Jesús proclama las Bienaventuranzas, o sea, las únicas formas dinámicas vitales de alcanzar la felicidad:

“DICHOSOS LOS QUE TIENEN ESPIRITU DE POBRES PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS”.

No se refiere, por supuesto, a los que apática o cobardemente se resignan, con alma de esclavos, a la miseria y a la explotación que les imposibilita el vivir como seres humanos e hijos de Dios. Sino a los que, en la lucha por una existencia digna del hombre, conservan su corazón humilde, abierto y servicial, desprendido intrépidamente de todo apego a la riqueza. Conservan su corazón libre y liberado. El ideal de cristiano que aquí se propone es que no sea ni esclavo de la miseria, que humilla, ni es-

clavo de la riqueza y el poder, que degradan.

La versión que nos trae S. Lucas es todavía más tajante:

“FELICES USTEDES, LOS POBRES, PORQUE DE USTEDES ES EL REINO DE DIOS”.

“FELICES USTEDES LOS QUE AHORA TIENEN HAMBRE, PORQUE SERAN SATISFECHOS”.

No quiso decirnos el Señor que son cristianamente felices porque carecen de riquezas y pasan hambre. Ni tampoco en cuanto sufren privaciones. El hecho en sí de vivir en la miseria y el hambre es claro que no puede constituir la dicha cristiana de nadie. El ideal cristiano de plenitud humana evidentemente que no puede consistir en la situación física de vivir en la penuria.

“La pobreza, como carencia de los bienes de este mundo, es, en cuanto tal, un mal. Los profetas lo denuncian como contraria a la voluntad del Señor y las más de las veces como el fruto de la injusticia y del pecado de los hombres”, afirmaron claramente nuestros obispos en Medellín. (Conclusiones, 14, 4).

Es la actitud vital y la profunda disposición interior lo que define el ideal y la felicidad cristianos en la pobreza real como virtud liberadora. En ambas versiones del Mensaje fundamental del Cristianismo, la de Lucas y la de Mateo, la verdad esencial es la misma.

La primera es que la felicidad cristiana, y por tanto, la promoción total del ser humano,

tiene que comenzar por la liberación de toda esclavitud económica. En segundo lugar, todo hombre tiene la obligación de liberarse de la esclavitud al dinero, al poder, al bienestar socio-económico... Porque, "¿de qué le aprovecha al hombre poseer el mundo entero si se pierde a sí mismo...?" (Lc. 9, 25).

Por tanto, es nuestro deber denunciar y tratar de remediar por todos los medios posibles la injusta y desesperante carencia de bienes existenciales, atacando directamente su raíz fundamental, en nosotros mismos y en los demás, que es el egoísmo. De ahí proceden el hambre, la ignorancia, la humillante marginación en todas sus formas. Hemos de tratar de vivir liberadoramente el ideal cristiano de pobreza espiritual, que consiste en el desprendimiento interior de todos los bienes y en su ordenada utilización en orden a valores más altos y al destino último nuestro, con una actitud profunda y humilde de apertura, sencillez y confianza en Dios. Debemos, además, vivir la pobreza real efectiva cada uno en la medida de las propias fuerzas espirituales y según las precisas exigencias que interiormente sienta.

Pero no sólo hemos de buscar la liberación respecto de todos los bienes materiales. También

tenemos que ir a superar, a nivel religioso de conciencia, todo lo que o nos convierte en esclavos del miedo supersticioso y alienante, o nos hace desdichadas víctimas de la desconfianza ante un falso Dios, un Dios caricaturizado e inexistente, pero que nos han hecho creer que existe, un Dios aliado de los poderosos, indiferente ante los sufrimientos de los pobres y hasta responsable directo de las terribles desigualdades humanas. Tenemos que exorcizar nuestro corazón de todos esos turbios y agobiantes terrores que nos mantienen en perpetua infantilidad espiritual, que nos convierten en esclavos de leyes arbitrarias y absolutizadas, siempre favorables a los dominadores, y que hasta nos hacen lacayos del cura, del obispo, de todo lo que ostenta brillo y autoridad clericales...

B.— EXISTENCIA TEMPORAL Y ETERNIDAD. Cuando el Señor de la Liberación aseguró: "el Reino de Dios YA está entre ustedes;" (Lc. 17,21), y "HA LLEGADO a ustedes el Reino de Dios"; (Mt. 12,28), que, después de S. Pablo ratifica gozosamente afirmando que "en esperanza HEMOS SIDO YA salvados", (Rom 8,24), nos quería con ello revelar que la eternidad y el Cielo nuestro comienzan sin lugar a dudas ya aquí y ahora, en la tierra y en el tiempo en que vivimos.

Los cristianos, peregrinando hacia la ciudad celeste, deben buscar y gustar las cosas de arriba; lo cual en nada disminuye la importancia de la obligación que les incumbe de trabajar con todos los hombres en la construcción de un mundo más humano. Realmente, de los misterios de la fe cristiana reciben múltiples estímulos y ayudas para cumplir intensamente su misión y, sobre todo, para descubrir el sentido pleno de las actividades que señalan a la cultura el puesto eminente que en la vocación integral del hombre le corresponde.

El hombre, en efecto, cuando con sus manos o ayudándose de los recursos técnicos cultiva la tierra para que produzca frutos y llegue a ser morada digna de toda la familia humana, y cuando conscientemente interviene en la vida de los grupos sociales, sigue el plan mismo de Dios, manifestado a la humanidad al comienzo de los tiempos: someter la tierra³ y perfeccionar la creación, al mismo tiempo que se perfecciona a sí mismo. Más aún, obedece al gran mandamiento de Cristo de entregarse al servicio de sus hermanos. (Get S. - 57).

Desentenderse de las tareas temporales es sabotear los planes de Dios. Descuidar, por ejemplo, tu estudio de la física, por flojera, supone una demora o un deterioro en tu proceso de liberación. Mientras que asimilar con tu aplicación y esfuerzo una obra literaria, jugar al beisbol con deportividad, aprender a participar activamente en una reunión, significa un crecimiento real de tu capacidad liberadora.

Todo lo existencial, concluimos; posee un misterioso valor y una simiente de trascenden-

cia, de eternidad, de Reino de Dios. Cada tarea, acto o realización humanos tiene una relación estrecha con la liberación del hombre, a favor o en contra. No existe acción humana evangélicamente neutral.

Pero ninguna realidad ni realización existencial humana es, de por sí, salvadora. Para que nuestros actos produzcan su virtud liberadora.

"la norma cristiana es que hay que purificar por la cruz y la resurrección de Cristo

y encauzar por caminos de perfección todas las actividades humanas". (GS. 37).

El dolor por el dolor no salva a nadie y, encima, es absurdo porque esclaviza y puede destruir. Es preciso darle un sentido intencionalmente fecundo, constructivo para que actúe en nosotros y en los demás como liberador. Y lo mismo hay que decir sobre cada una de las demás experiencias y realizaciones de nuestra vida.

En el orden de la praxis, urge liberar al ciudadano del Tercer Mundo primero que nada de su infrahumana condición de miseria y dependencia humillante, atrofiadora. Pero la liberación evangélica tiene que ser íntegra, total, completa, tanto porque ha de abarcar a la entera persona humana como porque ha de extenderse también a su compleja proyección temporal.

"Es preciso —clama perentoriamente el pionero internacional de la Liberación evangélica, el obispo brasileño Helder Cámara— que en el mundo desarrollado la problemática de relaciones entre los países de abundancia y los países de miseria lleguen a sufrir un profundo cambio de óptica... La cuestión está en revisar seriamente la política internacional del comercio, la industria, la agricultura, de las finanzas, de la mano de obra... La cuestión está en llegar a una nueva jerarquía de valores, a una REVOLUCION DEL HOMBRE". (Para llegar a tiempo, Salamanca, 3a. ed., 1972, p. 20).

"Los trust internacionales no tienen patria, no tienen entrañas... Son los verdaderos dueños del mundo, los que hacen y deshacen guerras y desencadenan golpes de estado. La lucha que hay que hacer urgentemente contra ellos gozaría de una inmensa fuerza moral si pudiera contar con el apoyo de quienes defienden el derecho, de los hombres que tienen su vida entregada a la justicia. Los trust hacen imposible el desarrollo auténtico, en el sentido del desarrollo del hombre entero y de todos los hombres" (O.c., pp. 37-38).

"La juventud se irrita, sobre todo, al descubrir el fariseísmo con que los interesados en mantener los colonialismos internos (pequeños grupos privilegiados cuya fortuna mantiene en la miseria a millones de conciudadanos) invocan, para defender sus propios privilegios, motivos como la lucha contra el comunismo, el desorden y la anarquía. Polarizada vuestra fuerza moral en desenmascarar tales farsas". (O. c., p. 40).

"El orden social y su progresivo desarrollo deben en todo momento subordinarse al bien de la persona, ya que el orden real debe someterse al orden personal, y no al contrario... Para cumplir todos estos objetivos hay que proceder a una renovación de los espíritus y a profundas reformas de la sociedad". (GS, 26)

En conclusión, es preciso, para liberar al hombre, revolucionar evangélicamente todo el complejo universo económico-político-social y cultural hoy vigente hacia un modelo de sociedad nueva verdaderamente humana y fraternal, en la que todas las realizaciones humanas y técnicas estén al servicio del hombre, y no al revés; en la que el hombre domine y sea señor de las cosas en vez de sentirse esclavizado por ellas. En la que el tener más sirva exclusivamente para SER MAS. Es preciso, en suma, HUMANIZAR EL UNIVERSO ENTERO.

C.— HUMANIZACION DEL UNIVERSO. "Yo soy yo y mi circunstancia", es la tan conocida frase de Ortega y Gasset para poner de relieve el influjo decisivo que sobre el hombre ejerce su medio-ambiente. Nosotros podríamos actualizarla así: "Yo soy yo y mi universo socio-cultural".

Querer liberar al hombre sin cambiar su medio-ambiente, las estructuras, sistemas e instituciones de su entero universo humano, es la aventura más estéril en que puede uno embarcarse. Para la liberación de la persona humana es necesario combatir y transformar revolucionariamente por todos los medios posibles la injusticia, la explotación y la violencia institucionalizadas, erigidas en leyes y respaldadas por legales organismos públicos clandestinamente financiados por "el imperialismo internacional del dinero".

Es muy posible que al tomar tú conciencia de lo inmenso y complejo de esta transformación social que tiene como objetivo la revolución liberadora del Cristianismo de nuestros días, te sientas absolutamente impotente. Puedes caer en la tentación del desaliento y de la deserción antes incluso de resolverte a hacer algo. Un proverbio chino dice: "Más vale encender un fósforo en la oscuridad que maldecir de ella". En vez, pues, de maldecir de todo y desalentarse, cada uno de nosotros debemos poner de nuestra parte todo lo que podamos, poco o mucho.

Unidos

V.- LIBERACION COMUNITARIA



Es decir, que comprenda a **TODOS** los hombres.

Esta característica, profundamente cristiana, tiene dos aspectos:

A.- Universalidad del sueño liberador — Un corazón como el mundo.

S. Pablo afirma categóricamente: "Dios quiere que **TODOS** los hombres se salven". (1 Tit. 2, 4).

No sólo nosotros, los cristianos; o los venezolanos solamente; o los de mi familia. Sino todos, sin excepción.

Cristo, el Señor de la Liberación, a los colaboradores actuales suyos en la revolución liberadora, nos dice claramente: "Diríjense a **TODAS LAS GENTES Y PUEBLOS** del mundo y

hagan que **TODOS LOS HOMBRES** sean mis discípulos", (Mt. 28, 19), o sea, traduciendo a lenguaje contemporáneo, consigan que se comprometan todos en la liberación.

Una transformación social que, por su naturaleza y en sus objetivos, se redujese a sólo un sector o a una sola clase social, exclusiva y excluyente, aunque ésta sea la más necesitada y desamparada, resulta claro que no sería cristiana. Iría derechamente contra la voluntad y el mandato del Señor de la Liberación

La liberación cristiana surge del amor cristiano, y éste es universal.

"Juntamente con su valor moral, estaba la capacidad de Martin Luther King para amar a las personas. Aunque profundamente entregado a un programa de libertad para los negros, sentía amor e interés por toda clase de personas. No hacía distinción entre los elevados y los abatidos, entre los ricos y los pobres. Creía, sobre todo, que había sido enciado para defender la causa del hombre. El estaba por encima de la raza, por encima de la nación, por encima de las sectas, por encima de las clases y por encima de la cultura. Pertenecía al mundo y a la humanidad". (Coretta SCOTT KING, Mi vida con Martin Luther King, Barcelona, 1970, pp. 466-467)

"Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario". (Che Guevara, Carta a sus hijos).

"Pretendo, eso sí, que todos los hombres obren de acuerdo con su conciencia, busquen sinceramente la verdad y amen a su prójimo en forma eficaz". (Camilo TORRES, Mensaje a los comunistas, 2/9/1965).

"**CADA UNO DE NOSOTROS ESTA SOLO A CAUSA DE LA COBARDIA DE LOS OTROS**" (Albert CAMUS, Estado de sitio, Madrid, 2da. ed., 1961, p. 51).

Por otra parte, esa transformación radical del mundo, objetivo de la revolución social cristiana, resulta una tarea absolutamente desproporcionada para personas o grupos aislados. Es responsabilidad de todos y es preciso movilizar el mayor número posible de personas y recursos.

3.- SOLIDARIDAD: LA EPOPEYA DE LA LIBERACION.

No basta que la liberación sea, en su intencionalidad y objetivos, universal. Tiene que ser, además, tarea emprendida en solidaria fraternidad evangélica, en unión comunitaria.

"Nadie se realiza sino en comunión", afirma certeramente Paul Freire.

La salvación cristiana o se lleva a cabo comunitariamente, o no se da.

"Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo". (L.G. 9).

Nadie se salva solo. Jamás. En ninguna hipótesis.

Pretender, por tanto, salvarme yo aisladamente, por mi solo interés y bajo mi exclusiva responsabilidad, significaría no haber comprendido nada del Evangelio. Desentenderme de los demás es el camino más corto para no salvarme de ningún modo. No puedo salvarme sino en la medida en que actúe como liberador.

Tampoco se trata de ayudar a los otros desde mi posición. Sino de integrarnos todos en un comunitario empeño de liberación solidaria. Esto es lo evangélico: "Que TODOS SEAN UNO —pedía Jesucristo, reiteradamente, al Padre— como Tú y Yo SOMOS UNO". (Jn. 17, 11).

Toda proeza histórica de envergadura ha sido, es y será siempre realización común. Resultado de muchos esfuerzos unidos. Epopeya.

Los esfuerzos aislados están todos irremisiblemente condenados al fracaso.

La liberación evangélica es una empresa comunitaria por naturaleza.

El Cristianismo auténtico se basa en la unión de todos. ES COMUNION.

Esta solidaridad y comunión evangélicas —causa y efecto a la vez de la liberación— abarcan diversos niveles y grados.

1.- COMPARTIRLO TODO. La liberación cristiana no es cuestión, como muchos equivocada-

mente creen, de dar a los que viven en los ranchos de lo que les sobre a "la gente que vive en el este". No se trata de despojar a unos pocos para auxiliar a muchos. Ni siquiera es el caso de quedarte tú sin un solo trozo de pan por dar toda tu hogaza a los más necesitados. No es cuestión de repartir, sino de verdaderamente COMPARTIR todos nuestros bienes con los demás y ellos compartir con nosotros lo que tengan, poco o mucho.

El repartir muchas veces humilla. El compartir, en cambio, nunca. Porque es sentirse a la par con el otro, en el dar y en el aceptar así como en la idéntica necesidad que todos tenemos unos de otros.

TODOS LOS HOMBRES, comunitaria y solidariamente, tenemos derechos comunes sobre TODOS LOS RECURSOS DEL UNIVERSO. Nadie tiene derecho natural alguno a poseer nada común en exclusividad, en propiedad privada. "TODO carisma es para SERVICIO COMUN", nos dice S. Pablo de parte de Dios. (1Cor 12, 7).

San Basilio el Grande, hace ya muchos años, afirmaba una cosa que escandalizaría hoy a bastantes gentes cristianas, y por la que sería seguramente acusado de "comunista". Decía S. Basilio que la propiedad privada es fruto del pecado original, y que, de no haberse cometido este, no habría entrado el egoísmo exclusivista entre los hombres, y éstos distribuirían voluntariamente todo entre todos, sin propiedad privada sobre nada, de acuerdo al primitivo plan comunitario de Dios sobre la propiedad de los bienes todos de la existencia.

Y para concretar, como les gustaba a los Padres de la Iglesia que hablaban directamente a las gentes del pueblo en un lenguaje sencillo y directo, S. Basilio precisaba: cada uno tiene derecho a su propia morada; pero la segunda morada pertenece al pobre que está en la intemperie. Y así de todas las segundas cosas realmente no necesarias. ¡Conque imagínate lo que diría hoy de las cadenas de supermercados, de los complejos industriales multinacionales, de la acumulación de tantas empresas diversas en unas pocas y acaparadoras manos...!

El hecho cierto de que hasta ahora el abusivo monopolio ejercido por muy pocos propietarios sobre casi todos los bienes económico-sociales, incluidos los medios de producción, esté legal e institucionalmente refrendado por todo un impresionante aparato jurídico, no quita absolutamente nada a su intrínseco carácter de injusto.

ticia radical e intolerable, de pecado directo contra los principios básicos de la liberación evangelica. Porque el único derecho con el cual pretende defender el rico sus excesivas posesiones es el que le confiere esa ley hecha y aprobada exclusivamente por otros hombres poderosos y ricos. Pero es una ley y un "orden" en flagrante contradicción con el Evangelio, con la voluntad de Dios y con el derecho fundamental del hombre.

2.— SOLIDARIDAD CON Y DESDE EL OPRIMIDO. Dios no nos auxilia desde alturas inaccesibles. El Dios verdadero, el único Dios que se nos ha revelado como verdadero, es un Dios infinitamente cercano a nosotros. "Más íntimo a mí —decía, emocionado, S. Agustín— que lo más íntimamente mío".

A nadie se puede ayudar desde lejos, a distancia del corazón necesitado. Dios, que lo sabe tan bien, para ayudarnos a ser libres, "se hizo hombre y habitó entre nosotros", "haciéndose igual a nosotros —en todo lo típicamente humano— excepción hecha del pecado", por ser éste lo único que nos aleja de nosotros mismos y nos deshumaniza.

Es necesario, como hizo Cristo, hacer causa común CON el necesitado para ayudarle DESDE su concreto modo de vivir y de ver las cosas.

La sociedad nuestra en que vivimos se encuentra rabiosamente dividida en dos bandos: el de los explotadores y el de los oprimidos. Y, en ambos, hay ateos y creyentes...

Estos antagonismos radicales, á los que llamamos lucha de clases, forman parte de la trama estructural misma de la actual sociedad.

"Aceptar la lucha de clases entre los cristianos no significa introducir la división en la iglesia, sino tomar conciencia de la división profunda que ya existe en ella. Porque los cristianos se encuentran de hecho en las dos partes de la barricada, en la parte de los pobres o en la parte de los ricos. Una vez más, no tenemos que escoger el combatir o no a los cristianos, sino cuáles cristianos tenemos que combatir. Tolerar a los opresores porque son cristianos querría decir renunciar, porque son cristianos, a condenar su pecado y, por eso, volverse sus cómplices. En cambio, luchar contra hombres y estructuras que avalan con el nombre cristiano la conservación social no es sólo un deber ético, sino religioso... La iglesia será entonces madre de todos, sólo si toma parte con sus hijos más débiles en contra de los más fuertes, sólo si es capaz de denunciar la injusticia aunque sea cometida por sus hijos". (A. CUSSIANOVICH, Nos ha liberado, Salamanca, 1973, p. 121).

Pero, entonces, ¿qué hacer? ¿Cómo compaginar el cristianísimo mandato del amor a todos —eje y tónica de la liberación evangélica— con esa rabiosa división de clases e incompatibilidad radical de intereses, con incluso cristianos

Para superar ese implacable antagonismo conflictivo ya se ha visto que no basta con piadosas exhortaciones, ni con publicar episcopales documentos por muy dramáticos que sean. Ni es suficiente con rezar y hacer retiros espirituales. No es el caso tampoco de intentar una unión artificial, aparente y falsa, a flor de superficie. Resultaría un frustrador engaño más, en la larga sucesión de soluciones inútiles, el tratar de construir la sociedad nueva que anhelamos, el Reino de Dios entre los hombres de carne y hueso, basada en una igualdad ficticia, epidérmica.

Y no es posible permanecer indiferentes ni tampoco equidistantes. La mera neutralidad es ya complicidad con la injusticia y el abuso del poder.

Es, por consiguiente, absolutamente perentorio, tomar posición definida ante esta situación social. Pero no en favor de los oficialmente cristianos, aunque sean cualificados, o en contra de éstos. No del lado de los marxistas, aun de los de innegable buena fe, o en la posición de enfrente. Todas éstas son categorías teológicamente superadas hoy día y evangélicamente no significantes. La opción real es, simple y sencillamente, o con los oprimidos o con los explotadores y sus cómplices. Afirmó taxativamente Cristo: "Quien no está conmigo, está contra mí". (Mt. 12, 30). Y, también; "Lo que alguien de entre ustedes —quienquiera que sea— haga a uno cualquiera de éstos —de éstos "pequeños", precisaba El, marginados, orillados— a Mí me lo hace". (Mt. 25, 40). Luego, la conclusión es sencilla hasta la simplicidad: se está con Cristo cuando se está de parte de los pobres. Y si no, se está en contra de Cristo. No hay término medio ni neutralidad posible.

de un lado y del otro de la divisoria...?

No resulta fácil dar con la solución adecuada, esto es, una solución que sea factible, eficaz y, por supuesto, cristiana.

"Amar a todos los hombres no quiere decir evitar enfrentamientos, no es mantener una armonía ficticia. La universalidad del amor cristiano se vuelve una abstracción si no se hace historia concreta, proceso, conflicto, superación de la situación particular. Amor universal es aquel que en solidaridad con los oprimidos busca liberar también a los opresores liberándolos de su propia e inhumana situación de tales, liberándolos de ellos mismos. Pero a esto no se llega sino optando resueltamente por los oprimidos, es decir, combatiendo contra la clase opresora. Combatir real y eficazmente, no odiar, en eso consiste la exigencia de amar a los enemigos". (A. CUSSIANOVICH, Nos ha liberado, p. 111).

Y, concluye: "No se trata de no tener enemigos —lo cual, aclaramos, tal vez innecesariamente, nosotros, es imposible si se lucha por la liberación—; sino de excluirlos de nuestro amor". (O. c., p. 112).

SABEMOS LO QUE BUSCAMOS

PISTAS DE SOLUCION

A.— A NIVEL DE LOS OPRIMIDOS: CONCIENCIA DE SOLIDARIDAD. Ante todo, es preciso crear entre todos los marginados una conciencia de verdadera solidaridad fraternal, a costa de cualquier sacrificio.

El amor al prójimo —quicio central del Cristianismo y de la revolución evangélica— ha de comenzar evidentemente por los más necesitados. La experiencia vital de esta fraternidad entre los injustamente oprimidos, fraternidad nutrida en el sacrificio y en la entrega de sí a los demás, fortalece el corazón y la voluntad para los inevitables enfrentamientos.

"Os habéis dado cuenta —decía Helder Cámara a los juristas católicos— que, 20 años después de la solemne proclamación de los derechos del hombre por la ONU, casi todos esos derechos continúan siendo pisoteados en los países subdesarrollados? ¿Sabéis que, muchísimas veces, la política externa y el comercio de los países desarrollados son los responsables, directos o indirectos, del desprecio de los derechos del hombre en todo el tercer mundo?" (Discurso pronunciado en el VI Congreso mundial de juristas católicos, en Dakar (Africa), en diciembre de 1968).

Las injusticias y las opresiones resultantes de este sistema internacional de relaciones comerciales y humanas son tan graves, tan comple-

B.— EN RELACION AL SISTEMA OPRESOR.

Se hace cada día más evidente que no es posible solucionar esta execrable situación de radical injusticia sin antes quebrar el espinazo al sistema que sirve de soporte al imperio del poder, del dinero y de la abusiva dominación: el sistema capitalista. Ningún hecho ni ninguna afirmación evangélica se oponen a la lucha para derribar a este absorbente ídolo de nuestros tiempos, digan lo que digan —sin demostrarlo nunca, por supuesto—, los que, por la razón que sea, defienden a juro al capitalismo desde un evangelio mutilado y desmedulado.

jas y de tan vasto alcance, que se precisa una nueva formulación desde los cimientos de las actuales estructuras, un replanteamiento original

de los vínculos socio-económicos entre las naciones y dentro del ámbito de cada país.

Pero, mientras se llega a esa colosal transformación social, dado el tan reducido marco de posibilidades e influjos reales dentro del cual cada uno de nosotros se mueve, ¿qué podemos y qué estamos obligados a hacer?

La respuesta es clara: luchar, unidos, a escala local nuestra, contra toda manifestación concreta y contra todo preciso abuso del abominable sistema socio-económico sobre el que está montada esta decadente sociedad de consumo. Y prepararnos con el estudio, con la reflexión crítica a la luz del Evangelio y con la progresiva actuación para, el día de mañana, contribuir a la cruzada liberadora en el vasto campo de las relaciones universales.

C.— CUANTO A LOS OPRESORES. Arribamos al punto crítico y realmente difícil. Aquí comienza, a nivel de conciencia cristiana, la verdadera dificultad, desde el momento en que es preciso, inevitable, enfrentarse también a los HOMBRES que defienden y se aprovechan de la, injusta situación socio-económica.

1. Si la violencia, aunque ejercida en la situación-límite, implica odio y animadversión contra las personas, la respuesta evangélica, clara e inequívoca, inapelable, es NO. Toda revolución social que tenga sus raíces en el odio y cuyo objetivo consista en "saldar cuentas" y en aniquilar al opresor, no tiene nada que ver con la revolución evangélica que Cristo quiere que realicemos.

La consecuencia de los más limpios objetivos de reivindicación social y de redención humana no justifica jamás el asesinato, el odio y la venganza.

El mismo Jesucristo, quien hizo la más dura y directa denuncia de los explotadores de su tiempo, proclamó categóricamente: "Amen a sus enemigos". (Mt 5, 44 - Lc 6, 27). Porque, explica San Juan, "todo el que odia a su hermano es homicida" (1 Jn. 3, 14). Ya que, añadimos nosotros, quien odia a otro ya lo ha asesinado en su corazón. "No devuelvan a nadie mal por mal. No se hagan justicia por ustedes mismos, dejen que Dios sea quien castigue". (Rom. 12, 17.19).

2. Es cierto, sin embargo, que se va abriendo camino la idea de que los explotadores, cuando son absolutamente inaccesibles al clamor de los pobres por la justicia, y cuando, a pesar de todos los medios pacíficos empleados para hacerles cambiar, se obstinan en seguir aplastando sin misericordia al oprimido, pueden ser considerados como agresor injusto y, por consiguiente, estaría justificada evangélicamente la violencia activa, como caso de legítima defensa, siempre que se empleara la fuerza con la exclusiva finalidad de acabar con la injusta explotación y siempre que se evitara de veras el odio y la venganza.

"La insurrección revolucionaria puede ser legítima en el caso 'de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país', ya provenga de una persona ya de estructuras evidentemente injustas". (Medellín, 2, 17, con palabras textuales de Paulo VI, en su Alocución en la misa del Día del Desarrollo, Bogotá, agosto 23 de 1968, pp. 3).

¿Habrà que considerar como un delito el reclamar con la fuerza el más primordial e inalienable derecho de todo hombre a su esencial dignidad y promoción humanas contra quienes se obstinan en negárselo por egoísmo y ambición?

La justicia humana priva de la libertad y hasta de la vida a los delincuentes que atentan abusivamente contra bienes que, al fin y al cabo, valen notoriamente menos que la vida del hombre y su radical derecho a la propia promoción humana. Sentencia a la prisión y a la muerte a quienes roban aunque sea a los que ya poseen de sobra... Y vuelve la pregunta: ¿es que puede estimarse delito más grande el hecho de obligar por la fuerza, violentamente, es verdad, pero después de agotar todos los demás medios, a no continuar aplastando inhumanamente al pobre...? ¿Puede legítimamente la sociedad con la violencia contra los asesinos y ladrones, y no va a poder hacerlo contra los que la corrompen y la destruyen con su ambición y prepotencia...?

Es un hecho absolutamente indiscutible, que en el Tercer Mundo domina desde hace mucho tiempo la injusticia y la explotación inhumanas del hombre por el hombre; que los explotadores cuentan con la fuerza y el poder y hasta con el respaldo hipócritamente legal de un inicuo

sistema jurídico; y que no están dispuestos a renunciar, en favor de nadie ni para aliviar la inhumana miseria de millones de seres humanos, a sus abusivos privilegios y exorbitantes ganancias financieras e intereses político-sociales. De donde resulta que existe una "violencia institucionalizada" contra los más desvalidos a nivel de naciones enteras, de clases sociales rabiosamente divididas, de partidos políticos cerrados, de empresas multinacionales: golpes de estado sangrientos, dictaduras implacables, monopolios impuestos y mantenidos a la fuerza, represiones policiales de increíble dureza casi siempre en defensa exclusiva de los poderosos y de sus abusivos intereses..

Ante este trágico panorama social, surge la pregunta crucial e insoslayable: ¿es posible llevar a cabo la transformación social liberadora pacíficamente, por las vías de la legalidad, con medios no activamente violentos...? ¿Es posible seguir sin utilizar la violencia de los desesperados contra la violencia de los abusadores? ¿Que es, en definitiva, más o menos cristiano: Ser vio-

lento en la transformación social necesaria o no realizar esta transformación...? Cuando la injusticia y el abuso continúan aplastando a mis hermanos, no a mí, ¿con qué derecho puedo sacrificar a los oprimidos exigiéndoles paciencia y resignación ante un sistema y unos hombres que les están aplastando...?

Cristo y su Mensaje de Salvación, ¿no serán ya capaces de transformar, a base de amor inteligente, tenaz y efectivo, la faz y el corazón del Tercer Mundo?

El, según algunos, inevitable recurso a la violencia como única solución a la injusticia explotadora, ¿se debe a que no hay en efecto otro medio eficaz para acabar con ella o a que todavía no somos suficientes ni suficientemente templados, generosos y decididos en el amor y en el sacrificio de nosotros mismos los cristianos que queremos comprometernos con la revolución liberadora...?

Un testimonio, de Helder Cámara, resume las líneas más importantes y decisivas:



"Yo respeto a todos aquellos que en conciencia se sienten obligados a optar por la violencia. Pero no la violencia fácil de los guerrilleros de salón, sino de aquellos que probaron su sinceridad con el sacrificio de su vida. Me parece que la memoria de Camilo Torres y de "Ché" Guevara merecen tanto respeto como la del pastor Martin Luther King. Yo acuso a los verdaderos autores de la violencia: todos los que, de derecha o de izquierda, hieren la justicia e impiden la paz.

Mi vocación, sin embargo, es la de peregrino de la paz, siguiendo el ejemplo de Paulo VI; personalmente, prefiero ser mil veces muerto, a matar. Esta posición personal se basa en el evangelio. Toda una vida de esfuerzo para comprender y vivir el evangelio me lleva a la convicción profunda de que si el evangelio puede y debe ser llamado revolucionario, es en el sentido de que exige una conversión de cada uno de nosotros...

No violencia es creer más en la fuerza de la verdad, de la justicia y del amor, que en la fuerza de la mentira, de la injusticia y del odio". (Helder CAMARA, Pobreza, abundancia y solidaridad, Madrid, 1969, pp. 45-46).

La verdad es que propiamente cristiana y evangélica solamente es aquella revolución en la

que no se derrama más sangre que la de sus propios realizadores.

es imposible de la noche a la mañana

Pretender llevar a cabo la transformación del mundo a base de canciones de protesta con guitarra, de consignas más o menos subversivas pintadas en las paredes, de palabrerío y reuniones en que no se hace sino discutir, es el más pobre de los autoengaños. Eso no pasa de sueño romántico de liberación.

Hasta ahora, desde el comienzo de la Historia Universal, todo hombre que ha intentado voluntariamente cambiar la sociedad hacia mejor, ha tenido su infaltable calvario. Desde aquellos valientes pioneros de la liberación, los grandes profetas del Antiguo Testamento, no ha habido un solo revolucionario verdadero sin su credencial de martirio. Así, los actuales adalides de la cruzada por la justicia —Luther King, Wuytack, Helder Cámara, el Che Guevara, Camilo Torres, por no nombrar sino los más conocidos entre nosotros—, todos sin excepción han sido, son y

serán víctimas del furor de los explotadores y, con dolorosa frecuencia, incluso de la extraña incompreensión de los mismos oprimidos.

La persecución es el sino y el signo de todo redentor.

La cárcel, el exilio y la muerte, acompañados siempre por la calumnia y el descrédito a base de los estereotipados estigmas de "marxista", "subversivo", "rojo", "enemigo del Cristianismo" —a Cristo le llegaron a llamar, ¡figúrate!, ¡blasfemo! —, son los sobradamente conocidos recursos utilizados por los opresores, políticos y religiosos, para neutralizar el influjo liberador e inquietante de quienes con el testimonio de su vida y actuación y con sus denuncias representan un desazonador sacudimiento a la conciencia dormida del oprimido y a la conciencia culpable y endurecida del explotador.

"Por qué asustarnos si nos llaman "subversivos"? Y, sin embargo, debería espantarnos mucho más traicionar al Evangelio, a la justicia social y a nuestras conciencias. No debemos temer el ser llamados "subversivos" si nuestra conciencia nos dice que lo que estamos intentando "subvertir" es un desorden moral establecido. El cristiano que no lucha por la justicia es un cristiano mediocre, una deformación de la imagen de Dios Creador, de la Bondad Divina y de la Misericordia del Señor". (Don Antonio Batista FRAGOSO, obispo brasileño, en Documento CIDOC, No. 69/124, México, 1969).

El Cristianismo, sobre todo en su más genuina actual que es la revolución social liberadora, es por naturaleza incómodo y difícil. Si alguien ha dicho alguna vez que el Evangelio es

fácil, tranquilizante y cómodo para vivir, o que es una religión para mujeres y niños, es que no se ha puesto nunca a practicarlo en serio.

Reflexiona, por ejemplo, sobre algunas de las afirmaciones de Cristo:

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día y sígame" (Mt. 16, 24).

"No piensen que vine a la tierra a traer la paz —esto es, la tranquilidad de lo cómodo y fácil—; no vine a traer la paz sino la espada". (Mt. 10, 34),

"El Reino de los Cielos padece VIOLENCIA —es difícil, cuesta mucho—, y sólo los que se hacen a sí mismos violencia —o sea, los que luchan y se sacrifican— lo ARREBATARAN" (Mt. 11, 2).

"A causa de mi nombre, ustedes serán odiados por todos" (Mt. 10, 22).

"Acuérdense de lo que les dije: el servidor no es más que su patrón. Me persiguieron a mí, también les perseguirán a ustedes" (Jn. 15, 20).



Todos los redentores, siguiendo el ejemplo del Redentor, son condenados por las legítimas autoridades civiles y religiosas; se les lanza la acusación de atentar contra el "orden establecido"; contra la sociedad y la religión. Y todo ello en nombre del orden, de la razón de Estado, del sentimiento nacional, de la verdad y hasta de Dios mismo. Las gentes pacatas, de orden y rezanderismo, mandan de antemano al infierno, a quienes la policía y las instituciones condenan en este mundo. Pero, ¿quién asegura que la justicia de Dios coincide con la de esos hombres instalados en la comodidad?

La vocación del cristiano no consiste en ser guardián del orden constituido. Sino en ser fermento, levadura, principio vital de renovación constante. El cristiano es el que, por serlo, pone en crisis todas las instituciones, todas las leyes y todas las experiencias. El cristiano es el que somete a crítica evangélica todo, comenzando, naturalmente, por sí mismo. La verdadera justicia cristiana se convierte en la crisis continua de la legalidad y, con mucha mayor razón, del legalismo. El amor cristiano se traduce en cuestiona-

miento incisivo del orden establecido, de lo institucional, de lo reglamentado y sancionado por una larga o corta tradición, por muy venerable que sea. El cristiano auténtico es el que no puede vivir igual su cristianismo de 1974 como en el siglo XIII, o como hace solo 10 años, lo vivieron otros.

El cristiano es, por vocación, inconformista, objetor, contestatario. Revolucionario.

Otra fuente de dificultades, en esta aventura un riesgo continuo, un permanente exponerse. Escribió el poeta Antonio MACHADO:

"Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar,
Al andar se hace camino,
y, al volver la vista atrás,
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar".

Hay que trazar incluso el camino mismo, sin saberse del todo cómo ni por donde. La revolución liberadora, juvenilmente transformante de todo el viejo estilo de vivir, es, como todas

las grandes proezas, un azar, un riesgo, una hazaña de fe, de esperanza y de voluntad hacia lo ignoto. Revolucionario no puede serlo quien necesita de fórmulas hechas, de organización garantizada y perfecta, de mucho respaldo oficial, de condecoraciones al mérito... Revolucionario auténticamente cristiano sólo puede ser quien, en comunión con otros audaces y arriesgados, busca caminos nuevos, horizontes sin estrenar, estilos de vivir inéditos...

Nuestra Iglesia venezolana, "duerme", hoy día. Un inmenso sopor paraliza los resortes vitales de casi todos los movimientos católicos de apostolado. Nuestro cristianismo está hecho más de convencionalismos y fórmulas rituales, de comodidad, instalación y orden que de búsqueda y riesgo personal. Se buscan "zonas de seguridad" frente a la audacia, al riesgo y al empuje creativos que Cristo exige a sus auténticos seguidores. Intentamos "vivir" un cristianismo, así, con minúscula, tranquilo y tranquilizante, barato y cómodo... Un cristianismo sin complicaciones ni problemas, sobre todo con las autoridades eclesiásticas. Un cristianismo sin cruz y sin Cristo. Y nos duele esta iglesia porque la queremos entrañablemente. Por eso, nos senti-

mos obligados a implantar una religión viva, creadora de sus propias expresiones y realizaciones, audaz, juvenil, arriesgada, **LIBERADORA**. Un Cristianismo con el Cristo crucificado. Un Cristianismo que exija sacrificio, renuncia, persecución, entrega completa de sí.

"Si quieres..." te invita **ilusionado, insistente, Cristo, el Señor de la Liberación**. Si estás dispuesto a la evangélica proeza de revolucionar desde sus bases este languideciente cristianismo, da el sí y un resuelto paso adelante. Y comienza hoy, ahora, ya mismo. Comienza sin pérdida de tiempo con el callado sacrificio del cumplimiento a pleno ritmo interior de tus deberes cotidianos; con la práctica efectiva, a inmediata escala personal, del amor de servicio a los que te rodean. Ese ha sido siempre el tróquel espiritual donde se han forjado todos los auténticos conductores de hombres hacia su propia y ajena liberación. Estrénate, ya mismo, en tu personal revolución autoliberadora con la entrega de tí a los que te están necesitando en este mismo momento. Esa es la "sangre" que es preciso derramar por la revolución salvadora para que triunfe. Tu "sangre" liberadora...

El futuro es ahora Mañana ... es demasiado tarde

INVENCIÓN ESPERANZADORA DEL FUTURO.

Cuando era niño, en la escuela nos hacían aprender aquella alegoría en verso de la barca que lleva un viejo, a popa, mirando hacia atrás, hacia el pasado —puro recuerdo ya—, y a un joven, a proa, de cara al porvenir, soñando ilusiones y horizontes sin estrenar. Soñando futuro sobre la estela de la esperanza...

Era la alegoría de la vida desde dos contrapuestas actitudes.

La vida es movimiento hacia adelante, tras un objetivo siempre ulterior, en tensión dinámica de futuro. Con esperanza creadora.

El hombre comienza a ser viejo —cualquiera que sea su edad cronológica— cuando en él pesan más los recuerdos que las ilusiones. Cuando el pasado ya no es estímulo, sino estéril añoranza recordativa.

El hombre se mantiene joven —por muchos años vividos que tenga— mientras su espíritu y su esperanza, en tensión hacia el porvenir,

vencen toda tentación de desaliento y todas las desilusiones de la vida.

Un hombre vale lo que valga su esperanza.

Se ama siempre para el futuro. Se quiere a la persona que actualmente es para ayudarle a realizarse en la persona que debe llegar a ser. Amar es creer en el futuro del otro y despertar sus secretos potencialidades. Así nos ama Dios a nosotros. Y sólo en un amor así podemos hallar dinamismo, creatividad y esperanza para llevar a cabo sin desfallecimientos la evangélica transformación social del mundo. Contamos para ello con la fuerza incontrastable de Cristo:

"TODO PODER se me ha dado en el cielo y en la tierra... YO ESTOY —con todo ese poder— con ustedes todos los días hasta que se termine este mundo". (Mt. 27, 18. 20).

Pero la esperanza nuestra en la eternidad, en la etapa definitiva y triunfal del Reino de Dios, no es para nosotros la coartada cristiana de la cobardía ante nuestras obligaciones como ciu-

dadanos de este mundo. Nada más falso y absurdo. La voluntad de creación y de lucha sólo se pone en pie de acción cuando el futuro se ve y se anhela como esperanza. La fe en el valor eternizante de nuestros esfuerzos por el bien y la justicia imprime a la vida un incontenible ritmo dinámico, ilusionante, realizador, creativo, inaccesible al desaliento y a la insidiosa tentación de desertar.

"La esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio". (GS, 21).

Cuando Dios quiso revelarnos su identidad, manifestarnos quién era El, se nos presentó a sí mismo diciendo: "Yo soy el que seré". O sea, Yo soy el que-es-futuro. DIOS ES EL FUTURO DEL HOMBRE hacia el que éste tiende y tensa con ilusionada esperanza sus más entrañables aspiraciones. En esta sombría realidad estriba nuestra firme esperanza:

"La Iglesia sabe perfectamente que su mensaje está de acuerdo con los deseos más profundos del corazón humano cuando reivindica la dignidad de la vocación del hombre, devolviendo la esperanza a quienes desesperan ya de sus destinos más altos. Su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, difunde luz, vida y libertad para el progreso humano. Lo único que puede llenar el corazón del hombre es aquello de 'nos hiciste, Señor, para Tí, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Tí". (GS, 21).



"En esperanza —clamaba jubilosamente S. Pablo—, esto es, en tensión de futuro cierto, estamos ya salvados" (Rom. 8, 24).

Ningún esfuerzo liberador quedará baldío. Ninguna esperanza, fallida.

"Van a tener que sufrir mucho en esta vida —nos previene Cristo a sus amigos—.

Pero ¡sean valientes! ¡Yo he vencido al mundo! ". (Jn. 16, 33).

"EL PORVENIR DE LA HUMANIDAD ESTA EN MANOS DE QUIENES SEPAN DAR A LAS GENERACIONES VENIDERAS RAZONES PARA VIVIR Y RAZONES PARA ESPERAR" (GS, 31)

amor y liberación

En el amor se resumen, adquieren sentido y culminan todos los valores, los objetivos y los medios de la Liberación evangélica que queremos realizar. Porque, aseguró Cristo, "en estos dos mandamientos del amor, a Dios y a los otros, se condensa toda la ley y los profetas". (Mt. 22, 40).

El amor es el eje, la tónica espiritual y la fuerza inquebrantable del Cristianismo.

No hay verdad más clara y repetida en todo el Nuevo Testamento.

El arma más eficaz y evangélica de la revolución liberadora frente a las injusticias y a la explotación, para acabar con ellas, es el amor inquebrantable, incondicional, a prueba de desengaños y persecución, hacia las personas de los oprimidos y de los opresores.

El mismo Jesucristo, que tan cruda y directamente atacó el injusto "orden constituido" de su tiempo y que lanzó contra los fariseos las más tremendas diatribas y acusaciones públicas, afirmó categóricamente:

"Este es el mandamiento MIO: améense unos a otros como Yo les amo a ustedes". (Jn. 15,13).

"Yo les ordeno esto: que se amen los unos a los otros". (Jn. 15,17).

"En esto reconocerán todos que son ustedes mis seguidores: si se aman unos a otros". (Jn. 13,35).

San Juan, que es el más fiel y penetrante intérprete del tuétano del Mensaje de Cristo, extrae las siguientes conclusiones:

"Se dijo a los antiguos: 'ama a tu prójimo y odia a tu enemigo'. Pero YO les digo: amen a sus enemigos y recen por sus perseguidores. Así serán hijos de su Padre que está en los cielos. El hace brillar el sol sobre malos y buenos, y caer la lluvia sobre justos y pecadores. Porque si ustedes aman a los que les aman, ¿qué recompensa merecen? ¿No obran así también los pecadores?" (Mt. 5, 43-46).

"Pero YO les digo a ustedes que me escuchan: Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian, bendigan a los que los maldicen, rueguen por los que los maltratan... Sean compasivos, como es compasivo el Padre de ustedes. No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados; perdonen y serán perdonados". (Lc. 6,27-28. 36-37).

"Los hijos de Dios y los del diablo se reconocen — y se diferencian — en esto: el que no obra la justicia no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano". (1 Jn. 3, 10).

"El que no ama permanece en la muerte". (1 Jn. 3, 15).

"El que odia a su hermano es un homicida, y, como lo saben ustedes, en el asesinato no permanece la Vida Eterna". (1 Jn. 3, 15).

AMAR

He ahí el secreto.

No obstante, hasta ahora, en todos los textos evangélicos aducidos se habla del amor o a los hermanos o a los otros, en general. Pero ¿y, a los enemigos? ¿cómo va a ser cristiano amar a los explotadores, a los que compran su prepotencia y sus abusivos placeres con el sudor, la sangre y la desesperación de los pobres? Y ¿cómo se va a poder llevar a cabo una transformación social liberadora si no se comienza por "liberar" a la sociedad de aquellos que obstinada y egoístamente mantienen este podrido sistema de injusticia institucionalizada que aplasta sin compasión a millones de desvalidos seres humanos...?

A esos dos cruciales interrogantes, que yo me los he puesto muchas veces a mí mismo con angustia en el corazón, no sé responderte sino citándote, una vez más, y que Dios ilumine tu corazón para que logres comprenderlas y aceptarlas, palabras difíciles, heroicas pero claras y definitivas, de Jesucristo:

¿Te queda suficientemente claro?

El amor para con el enemigo es la única fuerza existente en el mundo capaz de lograr la conversión de un hombre desde el egoísmo hasta la interior liberación para el bien y la justicia.

“Si yo me hubiera encontrado en mi camino con hombres como usted —decía la interiormente desolada Doña Barbara a Santos Luzardo—, otra sería mi historia”. (Rómulo GALLEGOS, Doña Barbara, Buenos Aires, 12a. ed., 1949, p. 137).

Este amor profundamente evangélico, más que ninguna otra exigencia cristiana, debe impulsar al revolucionario cristiano a intentar por todos los medios imaginables la liberación inte-

“Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico, sin esta cualidad. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos”.

¿Adivinas quién llegó a escribir esas luminosas, valientes, cristianísimas palabras? Nada menos que aquel líder de la revolución sudame-

rior de los explotadores, los mayores enemigos de sí mismos, a costa de cualquier sacrificio propio, incluido el de la vida. Para ello, habrá que emplazarlos sin contemplaciones ante el tribunal de su propia conciencia en confrontación directa con las contundentes exigencias evangélicas acerca del desapego a las riquezas y acerca del amor fraterno.

Sólo el amor libera.

No es que sea suficiente. Pero si el amor está ausente, todos los otros medios quedan estériles y resultan destructivos.

Y, finalmente, un testimonio contundente, que seguramente te va a causar sorpresa, dado por uno de los más notables líderes guerrilleros:

ricana, sin duda equivocado en muchas cosas, pero sincero y generoso hasta la ofrenda de su vida: ¡el “Che” Guevara!

CRISTIANISMO y liberación

El Cristianismo no es algo etéreo, insalvable, de más allá de las estrellas.

El Cristianismo, como religión que libera, y la Iglesia, en cuanto “sacramento universal de salvación”, son lo que verdaderamente somos nosotros, los cristianos, tú, yo, los demás, en este concreto mundo de hoy en que vivimos. Es el modo real, efectivo y verificable con que el creyente encarna en su vida cotidiana su fe en Cristo y su amor al prójimo. “Por sus frutos los conocerán ustedes”, dejó dicho Cristo respecto de sus auténticos seguidores. (Mt. 7, 16).

No se es cristiano, hoy menos que nunca, por el simple hecho de estar bautizado o por “cumplir” con el precepto dominical ni por tener amistad con el párroco o por llevar los hijos a la Universidad Católica...

Nadie entra al Reino de los Cielos gratis. El boleto único de entrada es el amor al prójimo, el desprendimiento propio para ayudar a quien lo necesita. Al rico, aunque esté muy bien relacionado en las altas esferas eclesiásticas de este mundo y posea no sé cuantas condecoraciones pontificias, le va a resultar terriblemente difícil su ingreso al Reino de los Cielos. Al menos esto es lo que Cristo dijo completamente en serio.

Hay grados, como en todo. Así, por ejemplo, a aquel joven rico que deseaba llegar a ser un cristiano de primera, Cristo le dijo que tendría que vender cuanto poseía y darlo todo a los pobres... Pero esto es únicamente para quienes aspiran a un Cristianismo puro, elevado, el más parecido al que Cristo vivió y propuso. De ahí hacia abajo están todos los grados inferiores.

Existe, claro está, un nivel mínimo más abajo del cual no se puede pasar. Esa cuota mínima es amar al prójimo al menos en un grado elemental, preocupándose por lo que sienten y necesitan de mí los que me rodean más de cerca. Y procurando darles y darne a ellos según mis posibilidades: mis bienes materiales, mi tiempo, mi atención, mi afecto, mis cualidades, mi vida... Quien no alcance este nivel básico, no pertenece al Reino. No es, hoy, cristiano.

Cristiano es el que pone al prójimo en el lugar más importante de sus preocupaciones.

No pienses que ser cristiano resulta algo muy complicado. En una ocasión, un hombre que sabía mucho de "doctrina" religiosa, era un maestro de la ley, nada menos, fue a Cristo a que le expusiera muy resumidamente en qué consistía ser cristiano. Y el Señor le respondió que se podía condensar todo en dos cosas sencillísimas de entender: "amar a Dios y amar al prójimo"...



Sólo que "amar a Dios y amar al prójimo" para un cristiano de hoy significa comprometerse, cada uno según las propias fuerzas y generosidad, en el proceso revolucionario creador de un hombre nuevo y de una nueva sociedad.

Por eso, de entre las extrañas paradojas que distinguen a nuestra época, sobresale especialmente una por lo absurda y desconcertante que es. Sus anacrónicos sustentadores son, por lo general, gentes religiosas y socialmente muy bien vistas e instaladas y, casi siempre, integradas en bloque de la tradicional "Derecha", cuan-

to más ultra mejor, ya que es preciso tener en cuenta que la "Derecha" ha sido hasta hace poco la única posición correcta, cabal, adecuada, para todo cristiano "decente". Estos cristianos estáticos, de un integrismo puritano a toda prueba, aplican de modo automático, sin pizca de imaginación ni para inventar etiquetas originales, el para ellos nefando calificativo de "socialista-comunista" precisamente a quienes con su vida y actuación llevan el Evangelio hasta sus últimas consecuencias revolucionarias. Esas gentes de "orden" llaman enemigos de la religión, anticristianos, a aquellas personas que, al final de cuentas —consúltese Mt. 25, 31-46—, serán de hecho consideradas por el mismo Cristo como sus únicos, leales y verdaderos seguidores. ¡Llamar "rojo", "comunista" a quien Jesucristo considera ser más cristiano que nadie! ¡Qué paradoja!

Esas gentes de ultraderecha catolicísima por lo visto no se han enterado de que en la Car-

ta Magna del Cristianismo, proclamada por Jesucristo en el Sermón de la Montaña —Mt. 5, Is. y Lc. Is—, no se encuentra allí nada parecido a: "Dichosos los que padecen persecución por mantener el "orden constituido". Ni, mucho menos aún: "Felices los que, por defenderlo, hacen padecer a otros persecución". Sino, clara y rotundamente, exclusivamente, lo que allí se dice es: "Dichosos los que son perseguidos por la causa del bien y de la justicia —que muchísimas veces están en conflicto con el "orden constituido"—, porque de ellos ES el Reino de los Cielos!"

CRISTIANISMO, HOY, ES COMPROMISO CON LA REVOLUCION LIBERADORA.

Por lo cual, las clases de hombres existentes, desde el punto de vista teológico, no son más que estas dos: la de los CRISTIANOS —con o sin etiqueta, de izquierda o de derecha, jercas o juanbimbas, de Acción Católica o “comunistas”, pero todos ellos coincidentes en el compromiso combativo para acabar con la explotación del hombre por el hombre y así inaugurar, ya en la tierra y ahora, el Reino de Dios de una sociedad humana y fraternal: “todo hombre que lucha por la justicia es hijo de Dios” (1 Jn. 2, 29). Y, en segundo lugar, la de los NO-CRISTIANOS, o sea, cristianos de sola etiqueta o pseudo-cristianos, también gentes de derecha o izquierda, juanbimbas y altos dignatarios eclesíasticos, de Acción Católica, del Cipdem o del Partido Comunista, si se obstinan en continuar siendo, a pesar de todos los pesares, explotadores de los demás por los egoístas motivos que sean.

Así, pues, la frontera cristiana pasa por el eje mismo de la revolución liberadora.

“El Cristianismo no es ante todo servicio a Dios, sino servicio al hombre. Y el grado de nuestro compromiso en la sociedad humana es el que manifestará el grado de nuestra sinceridad con Dios”. (Louis EVELY, Fe y libertad, Salamanca, 2a. ed., 1970, p. 15).

Y, con mucha mayor autoridad, el Vaticano II establece sin ambages:

“No se salva, sin embargo, aunque esté incorporado a la Iglesia, quien, no perseverando en la caridad, permanece en el seno de la Iglesia “en cuerpo”, pero no “en corazón”. (LG, 14).

Porque, “LA FE SIN LAS OBRAS ESTA MUERTA EN SI MISMA” (Sant. 2, 17).

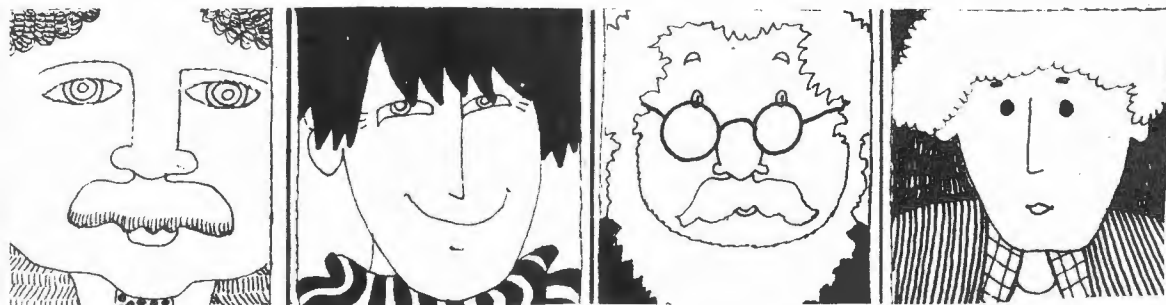
Esta operatividad necesaria de la fe, hoy día, en América Latina y en todo el Tercer Mundo, se identifica con el proceso de liberación.

HOY, PARA SER CRISTIANO, HAY QUE SER REVOLUCIONARIO DE LA LIBERACION.



- 1.- Qué relación te parece que existe entre:
- educación, trabajo y delincuencia - fe y política -
 - marginalidad y violencia - justicia y riqueza -
 - compromiso político y cristianismo -

- 2.- Cómo y a quiénes habría que aplicar hoy las denuncias hechas por Jesucristo en San Lucas(11-36-46). Mateo(23,27-28)
- En qué forma concreta nos traduciría hoy Cristo lo que El mismo nos dejó dicho en: LUCAS(12,51) MATEO(10,14a 17-21-22,39-40, 11,2;12,30...
- 3.- ¿Cómo se deberían comprometerse en la lucha por los marginados: - Nuestros Obispos y Sacerdotes -
- Los Educadores - El Gobierno - Tú y yo -
- 4.- En caso de verdadero conflicto entre las leyes del "orden" constituido y los medios eficaces ilegales hoy de ayudar a los explotados ¿qué debería preferir el cristiano ?
- Y si el conflicto se llega a plantear entre la Jerarquía y las exigencias concretas de la conciencia personal ?
 - ¿ Qué es más importante: ¿el orden y la ley o la justicia?
 - ¿Están siendo nuestros Obispos fieles al mensaje de liberación proclamado en el Evangelio ?



- 5.- ¿A qué se refieren los Obispos latinoamericanos cuando hablan en Medellín de "violencia institucionalizada" ?
- 6.- ¿ Puede considerarse la "violencia institucionalizada" como agresión injusta a la que se puede (y hasta se debe) rebelar también por la fuerza ?
- 7.- ¿Quién crees que usa y abusa de la violencia:
- la autoridad legítima que se hace cómplice de los abusos e injusticias de los poderosos..
 - los marginados que se rebelan como único medio de acción.
 - la policía o el ejército que aplasta manifestaciones de los marginados...
- 8.- ¿Cómo se puede llegar hoy en Latinoamérica a una liberación

